

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE MARZO DE 1893

Nº 30

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES.—NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Dr. Adolfo Frydensberg.—Los vidrios de colores, *poesía de E. Rivodó*.—NUESTROS GRABADOS.—Antonio Valero Lara, *por L. Román*.—Luis R. Guzmán.—La caída de las hojas, *poesía de D. Julio Calcaño*.—El Cancionero Popular de Venezuela, *por el Dr. Aristides Rojas*.—El Corazón, *por Juan S. Lavrazabal*.—Lucha, *poesía de Luis Churión*.—Juliana la Lavandera, *por el Dr. Amibal Dominici*.—A Dante, *poesía de D. Diego Jugo Ramirez*.—Las dos margaritas, *por Cálculo Men-*

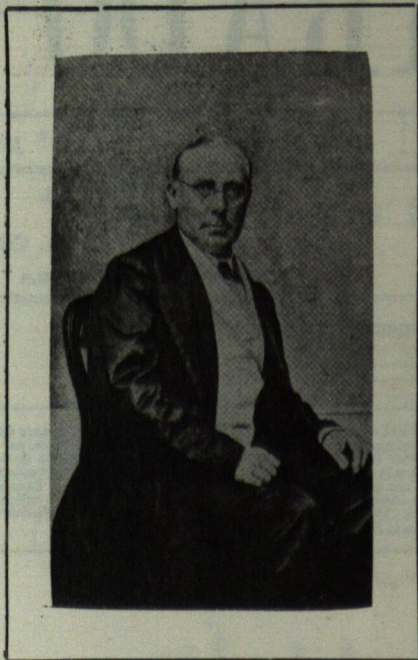
des.—Amor inmenso, *poesía de Miguel Eduardo Pardo*.—Notas científicas, *traducción*.—REVISTA DE LA QUINCENA.—Su Cara Mitad.—Soluciones.

GRABADOS.—La Santa Faz.—Dr. Adolfo Frydensberg, *de fotografía*.—Señores Antonio Valero Lara y Luis R. Guzmán, *de fotografías*.—Candor.—Acueducto de Barquisimeto (Venezuela). Edificio del Estanque: Vista de la toma y sus alrededores:

Vista de la toma por su frente: Plaza de la Paz. Primera fuente del nuevo Acueducto, *de fotografías*.—Estudio al lápiz, *por Manuel Vicente Ruiz*.—MARACAIBO: (Venezuela) Iglesia de Santa Lucía en El Empedrado, *de fotografía*.—GUAYANA: (Venezuela) Vista general de El Callao, *de fotografía*.—CARACAS: Compañía Anónima Alfarería y Calería, vista del edificio de las máquinas en Catia, *de fotografía*.—Aurora, *valse de salón, por Andrés Delgado Pardo*.



LA SANTA FAZ



EL DR. ADOLFO FRYDENSEBERG

Condensar en breves líneas la vida de un hombre tan distinguido como el Dr. Adolfo Frydensberg, es bosquejar imperfectamente los detalles de un gran cuadro.

Nació tan eminente práctico en Dinamarca el año 1815: hizo sus estudios de Medicina y Cirugía en la Universidad de Copenhague, y en ella misma recibió el grado de doctor en dichas ciencias. Inmediatamente después, y como arrastrado por misteriosas sugestiones del destino, se trasladó a Venezuela, de la que hizo su segunda patria. Hogar, amistad, relaciones, todos estos vínculos que atan tan poderosamente al hombre al suelo donde nace, desaparecen ante su decidida resolución de alejarse de él.

Favorecido de altas dotes, con grandes recomendaciones personales, juventud, inteligencia, erudición, benévolo trato y espíritu de acendrada filantropía, conquistó bien pronto el afecto de todos los habitantes de La Guaira, que fué el punto de residencia que eligió. Respetuoso a las formalidades de ley, de nuestro país, revalidó su título en la Facultad Médica de Caracas, constituida entonces por los hombres más prominentes de la época, Vargas, Acosta, etc., habiendo merecido honrosas calificaciones, después de lo cual, inició en aquella ciudad sus tareas profesionales y ocupó el primer puesto como facultativo. A un criterio sano, a un espíritu de severa investigación, unía el interés compasivo por la humanidad que complementaba el hombre de profesión con el corazón del filántropo. En ese respecto justo es concederle un puesto excepcional. Con absoluta abnegación y hasta prescindiendo de las horas de reposo, se entregaba sin reserva al ejercicio de la práctica.

No fué solamente como médico, que se hizo notable: poseía ocho idiomas y era además versado en literatura e historia, aunque su excesiva modestia velaba tan vasta instrucción.

Después de algunos años de permanencia en La Guaira, visitó su país, y fué tan vivo el sentimiento de su ausencia, que a pesar de haber ofrecido su vuelta a Venezuela, la impaciencia por su regreso impulsó al comercio y personas notables de aquella ciudad a dirigirle una comunicación en que muy afectuosamente le reclamaban el cumplimiento de su oferta. No tardó en hacerse esperar, y satisfecho con una prueba tan fehaciente de alta estimación y simpatía, apresuró su vuelta. Allí desempeñó nuevamente sus tareas médicas con el mismo fervor y benevolencia que en los primeros días de su llegada al país. Fatigado por excesivo trabajo, bajo los ardores

de un clima fuerte, se afectó su salud y se dirigió a esta ciudad con el fin de reponerla y con el de continuar en ella el noble ejercicio de la práctica. En pocos días numerosa clientela le rodeaba, y él la atendía con la bondad e interés peculiares de su carácter. Pocos prácticos han alcanzado como él en tan alto grado los favores públicos: en todas partes era esperado, y su opinión era siempre acogida con respeto, porque emanaba de profundas convicciones y de irrecusable buena fe.

Su edad, las fatigas físicas y las enfermedades fueron minando su existencia hasta rendir la jornada de la vida en medio de las efusiones del sentimiento público que por todas partes se desbordaba. Por su vasto saber, por sus grandes virtudes, por su elevado carácter, por su infatigable tezon en servicio de la humanidad, y por su amor a esta patria que le distinguió como a un hijo, puede considerarse como una gloria nacional. Su memoria es venerada como un gran benefactor.

LOS VIDRIOS DE COLORES

Á MANUEL M. FERNÁNDEZ

Yo estaba en el templo un día,
triste salmodia escuchando;
y al compás de su armonía
mi espíritu se mecía
por otros mundos, llorando.

Aquella voz plañidera,
aquel sollozar profundo
me estrechaba en tal manera,
cual si mi alma dijera
ya su adiós postrero al mundo.

¿Qué es la vida, santo cielo,
con su temor y su sombra?
En vano en pos de consuelo
tiende mi espíritu el vuelo
buscando un sueño que nombra.

Esa doliente quejumbre,
cuando en sus notas perplejas
pinta una gran pesadumbre
—¿no es cierto?—es una vislumbre
de mis canciones añejas.

Y en su ritmo acompasado,
que inspira encanto y terror,
parecíame oír, turbado,
voz que repite á mi lado:

—“La vida es gloria y dolor.
“Flores enlazan y espigas
al ser humano en la tierra;
y entre ilusiones divinas
vamos hollando ruinas,
con las pasiones en guerra.”—

Alzo entonces la mirada,
y advierto los rosetones
llenos de luz matizada,
que se desprende en cascada
sobre altares y blandones.

Y observo, con ansia viva,
de aquellas raras figuras
una mitad vuelta arriba,
y otra mitad que se esquila
contra la pared, á oscuras.

Tal es la vida: amalgama
de sombra y de resplandores;
vidrios de varios colores;
negro olvido, justa fama,
venturas ó sinsabores.

Junto al sepulcro la cuna,
tras la victoria la ruerte:
la vida es varia y es una,
que en la humanidad se aúna
triste con próspera suerte.

Unos, en tiniebla hundidos,
gimen sin luz ni consuelo;
mientras que al sol engeñados
otros van, favorecidos,
alta la frente en el cielo.

E. Rivodó.

NUESTROS GRABADOS

Antonio Valero Lara y Luis R. Guzmán

Cumpliendo nuestro propósito de presentar á los lectores de fuera de Caracas los retratos de todas las personas sobre quienes se fija la atención pública, damos hoy colocación en nuestras columnas á los retratos de los señores General Antonio Valero Lara y Luis R. Guzmán, redactores del diario político *El Republicano*, caballeros espectables y muy diestros escritores, conocidos y apreciados como tales en toda la República.

Doctor Adolfo Frydensberg

Otro apóstol de la ciencia viene hoy á ocupar gratamente nuestra memoria: el Doctor Adolfo Frydensberg, cuyo retrato publicamos en este número de *EL COJO ILUSTRADO*. Imprecedera gratitud en el corazón de todos los que tuvieron la dicha de recibir sus sabias atenciones de médico; imborrable recuerdo nacido del profundo afecto de cuantos fueron sus amigos durante su preciosa vida; estela luminosa en nuestras ciencias médicas: eso, y el ejemplo de fecunda laboriosidad y de desprendimiento nobilísimo, dejó el venerable facultativo cuya muerte fué para esta sociedad como el eclipse de muy cara gloria patria.

Acueducto de Barquisimeto

Como lo ofrecimos en nuestro primer número del mes que corre, publicamos en éste cuatro vistas del Acueducto de Barquisimeto, obra del hábil ingeniero Dr. Luis Muñoz Tébar.

Beneficio de no pequeña trascendencia es este que ha recibido la bella é importante ciudad del occidente de Venezuela, centro de vasta actividad mercantil y asiento de muy distinguida y culta sociedad. Merced al ferrocarril que la pone en comunicación con la costa y al Acueducto que la dota de elemento poderosísimo de vida, Barquisimeto tomará considerable incremento, motivo éste de que nos congratulemos con sus hijos.

La Santa Faz

Próximos están los grandes días de la cristiandad, y justo es que en nuestras páginas aparezca algo que contribuya á avivar el recuerdo del sublime mártir del Calvario. Así, ofrecemos hoy á nuestros abonados piadosos el medallón que representa la Santa Faz, cuya contemplación da vasto asunto para meditar al cristiano fervoroso.

Candor

Es bella y parece ignorario; sus crenchas, sueltas sin estudio, caen sobre el seno, descubriendo no para teatrar. Todo esto nos lo dice un detalle del cuadro donde está condensado el pensamiento del autor: la mirada. El candor mira realmente de ese modo.

Compañía Calería y Alfarería

Como una muestra del progreso de nuestras industrias, publicamos hoy una vista de parte de las oficinas de labor de esta importante empresa que viene á llenar una necesidad, dado el incremento que por fuerza ha de tomar la fabricación de edificios en una ciudad cuya población aumenta de día en día. Esto sin contar con que, aquí como en todas partes, con el aumento de población aumenta el valor de las casas que presentan segura colocación á los capitales.

Maracaibo—Santa Lucía en El Empedrado

La vista que hoy aparece en nuestras páginas, con la que continuamos la colección de las de Maracaibo, nos presenta la risueña fachada de una capilla gótica, llamada de Santa Lucía.

El Callao

En nuestro número anterior publicamos una vista de la región minera de El Potosí; hoy es de El Callao la que presentamos. Ahí está el pedazo de tierra de cuyas entrañas ha salido tanto oro á enriquecer á venezolanos y extranjeros; ahí está ese fénix de las minas que parece renacer ahora llevando de la mano á La Colombia, cuyos considerables productos son en estos días el tema de nuestros debates mineros.

Estudios de Ruiz

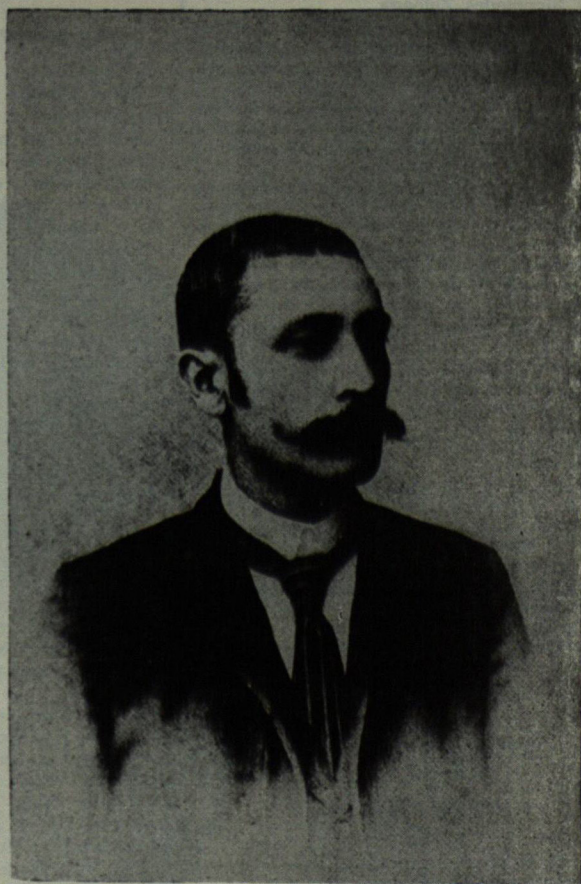
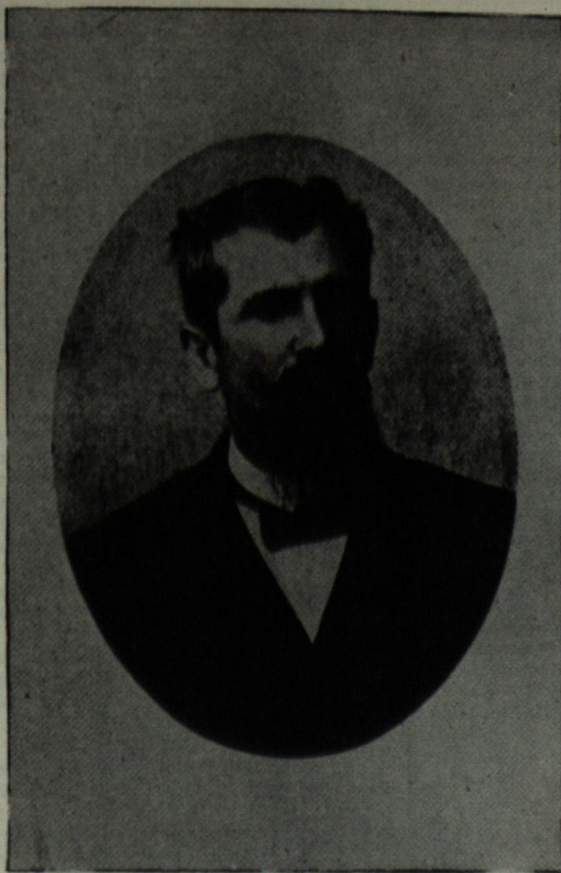
Manuel Vicente Ruiz es uno de los venezolanos que se han dedicado al estudio del grabado, procedimiento que emplea *La Empresa El Cojo* para los grabados de este periódico. Hace poco que Ruiz regresó de Europa, después de haber aprovechado muy bien el tiempo que empleó en París en aprender esta nueva industria.

Al publicar el dibujo con que nos ha favorecido, aprovechamos la oportunidad para darle la más cordial bienvenida y ofrecerle los talleres de Fotografado de El Cojo para que continúe aquí la práctica de este difícil arte.

Facilidad de ejecución y no pequeño ingenio artístico revelan los estudios al lápiz del joven Ruiz. Mucho deseamos obtener algún otro trabajo de más importancia que éste, del mismo autor, donde puedan estudiarse mejor las cualidades que le adornan como artista.

Música

Es del joven Delgado la composición musical que vá en este número. Cumplimos, como se vé, nuestro propósito de popularizar las obras del ingenio patrio, á tiempo que experimentamos íntima satisfacción estimulándolo á avanzar con firmeza, esfuerzo que no deja de obtener valiosa recompensa.



SEÑORES ANTONIO VALERO LARA Y LUIS R. GUZMAN
REDACTORES DE "EL REPUBLICANO"

ANTONIO VALERO LARA

La aparición del señor Valero Lara al frente de un periódico político, fué saludada con largo y remunerador alborozo que debió fortalecer las determinaciones del novel periodismo. Sólo algunos de sus más allegados parientes, y personas de su intimidad, se preguntaron con sorpresa por qué se hacía diarista, por qué á sus años, y con la experiencia que le suponían adquirida, voluntariamente se arriesgaba á los azares y quebrantos de semejante profesión.

La sorpresa era natural y explicable; que nunca fué el diarismo en Venezuela, cuando se tuvo por divisa de religiosa observación la de "todo para la sociedad y por la sociedad," sino espinosa senda en la que sangran las más caras convicciones del patriota, destrozándole toda esperanza y todo alivio.

Llegar, pues, á poner el pie en la senda, con altivo continente y noción clara de lo que ella significa, y esto cuando ya se adormecen los ardores de la primera juventud, constituye á nuestro ver mérito eximio que se agranda si la holgada comodidad en el hogar y la ausencia de ambiciones resonantes, tienen ya como moldeada la existencia para las tranquilas satisfacciones de la casa, de la familia y la amistad.

Ese el criterio para medir tales asuntos, pero encumbrado hasta lo alto, llevado á la potencia del deber—del deber del ciudadano y del patriota—se dignifica y enaltece diciéndonos que para el buen ciudadano no hay descanso mientras arda el combustible de su mejoramiento social y político.

Así piensa el señor Valero Lara, y ello explica su presencia en el diarismo.

Hombre de principios austeros, de intachable honradez, de ardiente fe en el progreso de las colectividades humanas, de las costumbres y de las instituciones, considera que ningún esfuerzo es perdido cuando á esos fines se dirige, y se conforma á su papel de obrero decidido y espontáneo en la labor grandiosa que por la acumulación de servicios realiza día por día la humanidad.

Y es como se deben ver estas cosas. Situarle firme en el punto deparado por los tiempos; abarcar con la vista y con los brazos el legado de las generaciones que cayeron; tomarlo y mejorarlo en lo posible; y cumplida á conciencia esta tarea, desafiarse entonces al olvido. Juzgada de este modo, resulta grata la transitoria misión de cada hombre; facilítase el cumplimiento del deber; y desprovisto de mezquino egoísmo el ánimo, rejuvenece en el trabajo.

En Valero Lara contribuyen á formar estas creencias, una como naturaleza moral que le mantiene con la vista tendida al porvenir. De aquí la riente serenidad con que consigue llevar al papel sus convicciones, ora se sienta lastimado por la amarga contumelia del contrario, ora le plazcan y contenten las deferencias del amigo.

Y no ha sido escritor público hecho á saltos por más que sea ahora que aparezca en la Redacción de un diario político. Colaborador ostensible en otros anteriores, como que todo lo que escribía llevaba su firma, la autoridad de sus antecedentes políticos, la limpieza de su nombre, la imparcialidad de su criterio, y su republicanismo sin tachas, le designaban de antemano para el puesto que hoy ocupa en la prensa nacional.

Su nombre sólo constituía una garantía y valía por un programa.

Que la egida del primero favorezca el desarrollo de este último.

1893.

L. ROMÁN.

LUIS R. GUZMAN

Si es una verdad comprobada por la experiencia aquel conocido aforismo de que el hombre es hijo de sus propias obras, no lo es menos que estas son el resultado del carácter, de los sentimientos, de la inteligencia y de la voluntad del individuo. En prueba de ello damos hoy á la estampa el retrato fotográfico de uno de esos jóvenes que faltó de medios en los comienzos de su vida para

poder adquirir aquellos conocimientos indispensables, se vió forzado á ganarse la vida en calidad de dependiente de un establecimiento de farmacia, pero que apercibido de su insuficiencia y aguijonado por el deseo de ascender y estimulado además con la deferencia de que fué objeto de parte de su patrón, buscó en los libros de instrucción primaria al principio y luego en los de amena literatura, aquella suma no escasa de saber que ha venido exhibiendo en todos cuantos escritos ha podido hacer del dominio público.

Nutrido de conocimientos químicos le dejó la enseñanza del nunca bien lamentado Vicente Marciano, quien reconociendo en el joven Guzmán una gran disposición para el estudio de las materias científicas de que fue Marciano idóneo profesor, distinguiólo con su especial estimación y lo alentó para que prosiguiera en la difícil senda del saber. Instalada la Sociedad Farmacéutica de esta capital, fué nombrado Guzmán secretario de dicha corporación, entrando en seguida á redactar el primer periódico de farmacia fundado en la República, en unión del señor Alberto Pérez Carreño, siendo el propósito de ambos propagar en la República los conocimientos científicos y abogar por la independencia del importante gremio de farmacéutas.

Dos veces desempeñó Guzmán la Redacción del *Diario de La Guaira*, no permaneciendo la primera vez en ese puesto sino pocos meses, porque á causa de los acontecimientos políticos del 27 de Abril de 1889 le fué forzoso abandonar las playas de la patria; y la segunda como Redactor en propiedad de cuyo puesto fue separado en 1891.

Guzmán se vió entonces en el forzoso caso de abandonar La Guaira, tanto por serle hostiles las autoridades, como por tener que salir en busca de trabajo para atender á la subsistencia de su familia.

Fué entonces que llegó á esta ciudad en la cual era ya ventajosamente conocido por la elevación de su carácter y por sus brillantes dotes de periodista, y entrando en tratos con el inolvidable Luis M^a Díaz y con otros buenos patriotas connotados, convino en unirse á los señores abogados Leopoldo Baptista y Oduardo León Ponte para tomar parte en la redacción

de *El Partido Democrático*, que por segunda vez había sido fundado por los Dres. Alejandro Urbaneja y Nicomedes Zuloaga.

Abrega Guzmán una fe profunda en sí mismo y es por eso que al empeñarse en cualquiera empresa, cobra ánimo á medida que adelanta en el terreno que se propone conquistar, y así, se le oye decir que él hace anualmente un balance de su vida para saber cuánto ha ganado, y que ese análisis lo alienta cada vez más en la senda que se ha trazado.

Sus dotes de periodista se han exhibido en La Guaira donde ha llegado á redactar hasta tres periódicos á un tiempo mismo, lo cual acusa un vigor intelectual de primera fuerza, una voluntad decidida para el trabajo y un propósito firme en el triunfo de los hermosos principios que tan profundamente se anidan en su alma.

Hoy se halla Guzmán en terreno propicio para desarrollar sus aventajadas dotes de diarista, pues habiendo fundado *El Republicano* en unión del S.ñor Antonio Valero Lara, encuentra en las columnas editoriales de ese Diario vasto campo al desarrollo de sus ideas netamente democráticas y ambiente favorable á sus virtudes cívicas y patrióticas.

Ya el país le conoce como á un defensor esforzado de la justicia y constituye por lo tanto una esperanza para esa juventud que tanto ha menester de buenos directores.

Como literato, pronto se abrirá paso hasta adquirir alto renombre, pues su estilo gana cada día en limpieza y claridad y su dición castiza y elegante le acerca constantemente á la altura de los mejores escritores de nuestro bello idioma.

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

ELEGÍA DE MILLEVOYE

De hojas del bosque amarillas
Cubrió el otoño la tierra;
El valle está solitario;
El ruiseñor no gorjea.

Moribundo y solo, un joven
Tristemente el paso lleva
Por el bosque donde alegre
Jugaba en la edad primera.

"Adiós, bosque y sucumbo!
"En tu duelo ví mi pena;
"Y cada hoja que cae
"Presagio de muerte encierra.

"Oráculo de Epidauro,
"En fatídica sentencia
"Tú me has dicho:—"todavía
"Verás como amarillean
"Esas hojas de los bosques,
"Mas será por vez postrera;
"Ya la noche de la muerte
"Con sus sombras te rodea;
"Ya tú te inclinas, más pálido
"Que flor de otoño, á la huesa;
"Y tu juventud, ajada
"Aun antes habrán de verla,
"Que el musgo que cubre el prado
"Ó el pámpano de la cuesta."—
"Y yo muero! . . . Breve instante
"De vida he tenido apenas,
"Y he visto desvanecerse
"Cual sombra mi privamera.

"Cae, cae, hoja fugace,
"Cubriendo la triste senda,
"Y así Dios te dé que ocultes
"De mi madre á la honda pena
"El lugar donde mañana
"Habrá de hallarse mi huesa;
"Mas si velada mi amante,
"Por la lóbrega arboleda
"A llorar sobre mi tumba
"Acaso en la tarde llega,
"Mi sombra, entonces dichosa,
"Con blando ruido despierta."

Dice, se aleja y no vuelve!
Que llegó su hora postrera,
Y al tercer alba yacía
Al pie de la encina enhiesta.

Pocas veces ¡ay! la madre
Visitó la triste piedra;
Mas su amante nunca vino,
Y el pastor de las laderas
Turba sólo con sus pasos
El silencio de la huesa.

JULIO CALCAÑO.

EL CANCIONERO POPULAR DE VENEZUELA

AL DOCTOR ADOLFO ERNST

En el número 27 de *EL COJO ILUSTRADO*, correspondiente al 1° de febrero, el Doctor Ernst nos dedica un trabajo que se refiere al *Cancionero popular de Venezuela*. Con frases tan verdícas como elocuentes saluda el sabio profesor á los heraldos de la poesía española allende y aquende el Atlántico, y compara la musa popular, en una y otra región, con esas flores silvestres de la gaya naturaleza, bellas, olorosas, risueñas y casi siempre ocultas, cual si quisieran vivir aisladas de las miradas indiscretas del mundo civilizado. Pero al estudiar las cincuenta y nueve coplas que el autor nos ofrece, como contribución á los numerosos materiales que poseemos para el *Folk-lore Venezolano*, en cuyas páginas brillarán nuestros cantos populares, encontramos que sólo veinte coplas pertenecen al *Cancionero nacional*, correspondiendo el mayor número de aquéllas al *Cancionero español*.

Disertemos acerca de este tema, aunque sea muy brevemente, que ya podremos explicarlos cuando demos á la estampa la obra, en la cual nada dejaremos en el tintero al relatar la historia del pueblo venezolano, es decir; la historia de sus orígenes, creencias, mitología, supersticiones, costumbres, cuentos, dichos, ciencia popular, refranes, sentencias, etc., etc. y su *Cancionero*, ora en lo que tiene de original, debido á múltiples causas, ya en lo que hereda de los conquistadores, esto es: la belleza y gracia que en toda época ha caracterizado á los bardos del suelo ibero, donde cada aldea, cada ruina, cada valle, ríos, praderas, costas y montañas, todo nos refiere la historia de este pueblo sorprendente que vive, se nutre, prospera, se agiganta con la savia heredada de sus predecesores, desde los orígenes de la sociedad humana. El conjunto de tales materiales, después de purgarlo de cuanto pertenezca al pueblo español ó á otros pueblos, es lo que constituye el *Folk-lore Venezolano*.

Nada más bello que el *Cancionero español*. La copla poética, siempre espontánea, sencilla, llena de gracia y de fuego; la glosa, siempre hermozada con los celajes cambiantes del sol, bajo un cielo dilatado que tiene por límite occidental las siluetas agigantadas del Mundo colombiano; la imaginación popular que en el extremo Sud de la Europa canta á la mujer y al amor, á la familia y á la patria, participa de las claridades del Mediterráneo, de las tibias y perfumadas brisas del Africa, y aun del murmullo de la ola que besa las costas andaluzas y las islas Afortunadas; ola que envía al Viejo mundo la corriente cálida del Golfo mexicano. Tal poesía, decimos, es obra que se regenera y hermoza siempre por la labor de los siglos y la savia bullente del ingenio castellano. Así, el *Cancionero popular de España* está sostenido, en todo tiempo, por las bellezas del suelo ibero, por los astros de un cielo azul, constantes pregoneros de la grandeza nacional, desde los días en que sucumbió el romano en tierras cantábricas hasta la titánica lucha que hundi6 para siempre al Coloso de los modernos tiempos.

En el *Cancionero español* la mujer querida es el tema ideal de todos los corazones, el amor es la fuerza que sostiene el numen poético, la única luminaria que vivifica, si así puede decirse, los astros del firmamento y las flores de la tierra. ¿De dónde viene este sentimiento siempre joven, siempre poético, que celebra al amor, al hogar, á la patria? Es herencia de los antiguos días de la edad media, cuando dominaban las Cortes de amor, y bardos y guerreros cobraban aliento en presencia de la serrana y de la morisca ó de la esbelta castellana, que sabía atraer con sus miradas al bardo que, en dulces endechas, le revelaba su pasión al pie del feudal castillo. Es el eco de dichas y desgracias pasadas, de las épocas de lucha, cuando familias y pueblos supieron armar-se en defensa de la honra nacional.

Pero el castellano, al conquistar el nuevo mundo [de Venezuela hablamos], al entroncarse

con los pueblos indígenas y más tarde con individualidades de familias y razas de allende el Atlántico, si pudo implantar la familia con todas sus virtudes, el sentimiento poético, las costumbres, la religión, el habla, no pudo dejar por completo el *Cancionero* de sus antepasados con toda la pureza de su origen. Nuevos medios en los cuales, iba á prosperar por un lado y por el otro la mezcla de razas, la lucha que debía emprender contra una naturaleza espléndida, rica y atractiva, pero también llena de peligros que constituye la verdadera escuela de los héroes populares, debían obrar en el espíritu de los futuros bardos del *Cancionero Venezolano*. El cantor amoroso, sentimental de los pueblos andaluces y de los valles de Granadas, de las costas malagueñas y de las islas Afortunadas, debía ser modificado ante la majestad de los bosques y ríos colombinos, de las dilatadas pampas, altiplanicies y de los nevados y volcanes de los colosos Andes.

En el *Cancionero castellano* imperan la mujer y el amor ideal que ella inspira, amor que acerca las almas á los dulces sonos de la música espontánea, pura como los sollozos del niño y misteriosa como el suspiro íntimo de la joven, víctima de su propia ternura. Mas, si en el *Cancionero español* la mujer con todas sus virtudes es el tema de la poesía popular, en una gran parte del *Cancionero venezolano*, en la que se conexiona con la dilatada pampa y regiones vecinas, imperan el valor, la destreza, la agilidad, la voluntad que vence, forma á los héroes y domeña la naturaleza agreste y terrible; la astucia que se impone á la muchedumbre, el talento natural que crea la epopeya. El domador del caballo y del toro, el vencedor del jaguar y del caimán, del hombre en fin, en lucha personal ó al frente de la falange guerrera armada de la lanza de Aquiles, son también un ideal para la mujer venezolana. Si el héroe de la pampa es digno de ser cantado, el corazón de la mujer sabe también recompensar la gloria. Los antiguos vencedores del Circo romano no han desaparecido. En el *Cancionero Venezolano* los héroes de la pampa son aquellos que han sabido conquistarla, y bien merecen ellos ser cantados por la musa popular al són de los dis-cantes y de las maracas indígenas.

Los antiguos aborígenes que en ella vivieron, no supieron aprovecharla. Carecieron del caballo, alma del llanero y del gaucho. Si en el *Cancionero español* el amor es imán, en el *Cancionero Venezolano* el imán es el valor. El llanero es más belicoso que amoroso, más retraído que sociable. El corazón de la mujer sabe también soñar con esas exhalaciones de la llanura en que jinete y caballo parece que se rinden ante la belleza querida, y desaparecen en el ardor de la pelea, para tornar sonreídos y agraciados después de haber sido fiel imagen de los antiguos Hypántropos, escaladores del Olimpo. El caballo está siempre en primer término, el caballo que es para el llanero el escudo de Marte.—Conocida es aquella estrofa que dice:

Mi caballo y mi mujer
Se me murieron á un tiempo;
Qué mujer ni qué demonio,
Mi caballo es lo que siento. (1)

¿Quién no conoce aquella singular proclama de Páez á sus centauros, cuando al caer su caballo muerto en una de tantas refriegas sangrientas contra el español, exige de sus soldados terrible venganza?

Y en uno de tantos cantares llaneros se dice de la mujer:

Del toro la vuelta al cacho,
Del caballo la carrera,
De las muchachas bonitas
La cincha y la gurupera.

Un bardo popular castellano hubiera dicho á la niña de sus amores:

Tienes una cinturita
Que parece contrabando;
Yo, como contrabandista,
Por ella vengo penando.

(1) Esta copla es española, pero el cantor llanero la ha aceptado por encontrarla de acuerdo con sus ideas.



CANDOR

Y de una manera más metafórica :

Dos columnas de alabastro
Hechas con arquitectura,
Están sosteniendo el garbo
De tu pulida cintura.

LA FUENTE Y ALCÁNTARA.
(Cancionero).

Entre los antiguos araucanos la mujer se decidía por el amante que había alcanzado el mando, después de haber soportado sobre sus hombros pesos enormes. Las beldades cumana-gotas aceptaban al más sufrido : aquél que, después de bailar y cantar durante muchas horas delante de la beldad indígena, caía rendido de cansancio y de dolor ocasionados por la mordedura de insectos venenosos, en las ma-

nos cubiertas con guantes de género, atados á las muñecas. La fuerza, el dolor, hé aquí las condiciones que exigía el amor de las beldades indígenas, antes de la llegada de los castellanos. La serrana, la morisca del pueblo, la dulce castellana del castillo feudal eran menos exigentes. Para éstas, antes que el dolor y la fuerza, el amor, el amor en la música y en la suave poesía meliflua, retozona, sabrosa, como diría alguna de nuestras beldades.

Al hablar Vergara y Vergara de la poesía popular en las llanuras de Colombia contiguas á las de Apure, dice : "No ha habido ningún poeta culto de los llanos ; el pueblo compone lo que canta y canta lo que compone.

No acepta coplas de otras tierras. Sus composiciones favoritas son romances aconsonantados, que llaman galerones, y que cantan en una especie de recitado con inflexiones de canto en el cuarto verso. Es el mismo romance popular de España, y contiene siempre la relación de alguna grande hazaña, en que el valor y no el amor es el protagonista : el amor es personaje de segundo orden en los dramas del desierto. Indudablemente tomaron la forma del metro y la idea de los romances españoles ; pero desecharon luego todos los originales y compusieron romances suyos para celebrar sus propias proezas." (2)

(2) VERGARA y VERGARA, Historia de la literatura de Nueva Granada, etc., etc., 1 vol. Bogotá, 1867.

Esto es cierto, como lo es también que en las regiones occidental y oriental de Venezuela, el Cancionero popular ostenta otro carácter, pues tiene mucho del Cancionero español, sobre todo en las costas de Coquibacoa y de Cumaná. Las canciones, romances, coplas y glosas del poeta popular en estas localidades, tienen sabor andaluz. Ya nos ocuparemos más tarde en esta materia, que trataremos con más extensión, al incluir, en nuestros volúmenes del *Folk-lore Venezolano*, el *Cancionero Venezolano* acompañado de apreciaciones que servirán para la historia de nuestra poesía popular.

Para rematar estos ligeros apuntamientos insertamos á continuación muestras del Cancionero popular de Venezuela, del llanero, tipo único, original en su género, y una glosa del maracaibero de bastante mérito. En las primeras figura el llanero jaquetón, valeroso, cuya única gloria consiste en domar potros y sacarle lances al toro. Este tipo valeroso canta sus méritos en presencia de la concurrencia 6 damas que le escuchan. Son las siguientes :

En el hato de Setenta
Donde se colea el ganao,
Me dieron para mi silla
Un caballito melao;
Me lo dieron por maluco,
Y me salió retemplao.

Mas acá de sí sé dónde,
Juntico de la quebrada
Iba yo, ya nochecita,
Y hallé la tigre cebada;
No sé qué estaba pensando
El dianche de condenada,
Que así que me vino encima
Me tiró una manotada.
"Huiste!" le dije á la indina,
No sea busté tan malcriada,
Que pa saludar á un hombre
No se le tira á la cara.
¿No ve que el morcillo es potro
Y que se asusta de nada?

Por lados del llano abajo
Donde llaman Parapara,
Me encontré con un becerro
Con los ojos en la cara;
El rabo lo tenía atrás,
Tenía pelos en el cuero,
Los cachos en la cabeza
Y las patas en el suelo;
Abajo tenía los dientes
Y arriba no tenía nada,
Y en medio de las quijadas
Tenía la lengua enredada.

Me llaman el "tantas muelas"
Aunque no las he mostrao,
Y si las llevo á mostrar
Se ha de ver el sol clipsao,
La luna teñida en sangre,
Los elementos trocaos,
Las estrellas apagadas
Y el mismo Dios admirao.

Para saltos, el conejo,
Para carrera, el venao;
Yo me parezco á los tigres
Y al león en lo colorao.
Yo no soy de por aquí,
Yo soy de Barquisimeto:
Naide se meta conmigo
Que yo con naide me meto.
Yo soy nacido en Aroa
Y bautizado en el Pao,
No hay zambo que me la haya hecho
Que no me la haya pagao;
Que anoche comí culebra
Y esta mañana pescao;
Que los dedos tengo romos
De pegarle á los malcriaos.

De los hijos de mi mama
Sólo yo salí malcriao;
Los brazos los tengo blancos
De vivir enchaquetao;
No hay zambo que me la haya hecho
Que no me la haya pagao.

El que cantare conmigo
Ha de ser muy estudiao,
Porque lo tengo é dejar
Como faldriquera á un lao,

Conmigo y la rana, es gana
Que se metan á cantar,
Que no me gana á moler
Ni la piedra de amolar,
Porque tengo más quintillas
Que letras tiene un misal.

Yo fui el que le dió la muerte
Al plátano verde asao;
Cuando me lo dan, lo como,
Cuando no, aguanto callao.

Por si acaso me mataren
No me entierren en sagrao,
Entiérrenme en un llanito
Donde no pise el ganao:
Un brazo déjenme afuera
Y un lebrero colorao
Pa que digan las muchachas:
"Aquí murió un desdichao;
No murió de tabardillo
Ni de dolor de costao,
Que murió de mal de amores
Que es un mal desesperao."

Mi mujer está muy brava
Porque otra me agasajó.....
¿Si yo tengo mi modito
Y me quieren, qué haré yo?

A ninguno le aconsejo
Que ensille sin gurupera;
Que en muchos caballos mansos
Los jinetes van á tierra. (3)

Yo te dí mi medio real
Porque me hicieras cariños;
Sólo me hiciste una vez,
Me estás debiendo un cuartillo.

Mi mama me dió un consejo,
Que no fuera euamorao,
Y cuando veo una bonita
Me le voy de medio lao,
Como el gallo á la gallina,
Como la garza al pescao,
Como la tórtola al trigo,
Como la vieja al cacao.

Yo no soy de por aquí,
Yo vengo del otro lao,
Y me trajo un capuchino
En las barbas enredao.

Si hubiere alguno en la rueda
Que con yo esté incomodao,
Sálgaseme para afuera,
Lo pondré patiaribao
Con este brazo invencible
Que Jesucristo me ha dao,
Que en esos llanos de Achagua
Yo soy el zambo mentao;
Yo fui el que le dí la muerte
Al plátano verde asao,
Con un cabito de vela
Y un padre nuestro gloriao. (4)

El otro corrido es el que sigue, de la misma época que el precedente. Según vemos, los dos cantores son de la misma fuerza.

Estando enamoriscao
De una zamba en la piragua,
Me dijo que la llevara
Para los Valles de Aragua.
La zamba como era buena
Nunca se sintió aflegia
Y el caballo con los cascos
Hasta la tierra partía.
Una hoja de cinco cuartas
De la vaina se salía.
Yo cogí ese llano abajo,
Lo cogí por travesía
Y en el hato de Antón Pérez
Hice la primer dormía.
Los peones en el caney
Ya se estaban convoyando;
Entre los peones había
Un blanquito muy nombrao;
Lo nombraban Hinojosa:
—Amigo, ¿de dónde es la mosa?
—Yo le dije: blanco viejo,
Eso es mucho preguntá,
Jale por una silleta
Y póngase una sotana
Y véngame á confesá.—
El blanco era e pocas pulgas
Y allí me empezó á tirá,
Con asadores calientes
Me daban con carne asaa.

La otra muestra última, es glosa de una cuarteta que figura en el Cancionero de La Fuente y Alcántara y dice:

Llorad, llorad, ojos míos,
Llorad, que tenéis por qué;
Que no es vergüenza en un hombre
Llorar por una mujer.

El bardo popular de Maracaibo la modificó y dijo:

Llorá, corazón, llorá,
Llorá si tenéis por qué;

(3) El habernos decidido á insertar este corrido, lo motivó el ver figurar esta copla entre los llaneros de que nos habla el doctor Ernst.

(4) Este "corrido" como lo llama el llanero, se remonta á los primeros años del siglo. Publicólo Vergara y Vergara por la primera vez en el volumen mencionado; pero como nosotros poseemos una copia que data del año de 1824, la insertamos íntegra, aunque exista cierta discrepancia con la copia publicada.

Pues no es afrenta ninguna
Llorá por una mujer.

Y en seguida la glosó de esta manera:

¿No llora una flor constante
Si el viento sus hojas hiere?
¿No llora el sol cuando muere
En túmulo de diamante?
¿No llora el monte arrogante
Si el viento furioso da?
¿No llora el mar cuando está
De su centro dividido?
Pues si amor habéis perdido
"Llorá, corazón, llorá."
¿No llora la fértil planta
Por muy frondosa que sea
Cuando el viento la estropea
Y el verano la quebranta?
Llorá una fiera y se espanta
Cuando á su contraria ve;
Pues si los brutos sin fe
Lloran sin terminación.
Entonces con más razón
"Llorá si tenéis por qué."
Una estrella refulgente
Llorá al perder su arrebol,
Y entre las llamas, el sol
Cuando sale del Oriente.
Llorá en menguante y creciente
Cuando está opaca, la luna,
Como también en la cuna,
Cuando no se satisface,
Llorá el hombre cuando nace.
"Pues no es afrenta ninguna."
¿No llora una simple ave
Cuando está sola en su nido
Y que cuenta haber perdido
Su dulce emético suave?
Pues si en los pájaros cabe
Llorar su destruido ser,
En el hombre es un deber
De más fuerte obligación,
Y puede, cuando hay razón,
"Llorá por una mujer."

En estos cantos vemos reflejado en parte el estro español. La idea es culta y bien se ve que el poeta obedece á una inspiración más elevada.

Por el estudio cotejado que hemos hecho de las dos porciones del Cancionero popular de Venezuela, vemos que el llanero nos ha proporcionado más datos históricos en las producciones de la pampa, que el amatorio con sus cantos variados del Occidente y Oriente de Venezuela, desde Coquibacoa á Cumaná, Margarita y Araya, estas tierras donde los andaluces de la conquista celebraron la espléndida naturaleza de la Andalucía española y contemplaron el bello cielo austral coronado por la Cruz del Sud. Sabido es que ellos bautizaron las costas y tierras de Cumaná, de Cariaco, etc. con el nombre de Nueva Andalucía. El cantor llanero de todas las épocas, nos ha narrado siempre en diversos corridos la vida política ó turbulenta de ciertos personajes, sobre todo desde los días de la Revolución de 1810. El canto á Bolívar, á Páez, etc., etc., y también á Boves, Morillo, etc., etc. Y ésto es tan cierto, que á los dos meses de haber triunfado la Revolución Legalista, llegaron á nuestra colección los cantos titulados *El clarín del Totumo* y *La Guariconga*, donde están fotografiados por el poeta popular los principales tipos de Caracas y otros lugares. Así, cada reyerta, desde la guerra entre españoles y patriotas, de 1810 á 1824, hasta las revoluciones llamadas azul, reivindicadora y legalista, cada una ha dejado esbozos curiosos que sabrá apreciar el futuro examinador de las tradiciones populares de Venezuela.

Pero no son el tipo llanero de la pampa, y el amatorio de las Costas orientales y occidentales de la República, los únicos que constituyen el Cancionero popular de Venezuela; existe otro tipo, el africano, de los negros de los Valles de Aragua, del Tuy, de una parte de los Llanos y de otra de la costa venezolana, que tiene sus cantos especiales, característicos. Este cantor de origen africano que ostenta su gala en las fiestas dedicadas á San Juan Bautista, en los lugares mencionados, merece un estudio detenido, porque todos sus actos llevan la estampa de una civilización mixta: la africana mezclada con la venezolana.

ARÍSTIDES ROJAS.

Caracas: febrero de 1893.

EL CORAZON

A ROSA

Te acuerdas?

La tarde estaba tibia y perfumada.

En el lejano ocaso, parecía que un mar de fuego incendiaba el horizonte, mientras que en el opuesto lado, los últimos tintes de la luz, dibujaban celajes magníficos de gualda y de zafir.

Los sauces, laureles y acacias del parque, se mecían á impulsos de ligera brisa.

Qué hermosa tarde aquella, amiga mía!

Hastiado de la monotonía de esta vida, que

ya me pesa, subí al Calvario, á respirar el aire libre de aquel vergel delicioso.

Y sin preverlo, sin pensarlo siquiera, al llegar á la cima, te divisé sentada bajo los grandes árboles.

No sé por qué me parecieron más fragantes los mirtos y jazmines que rodean la plataforma, y con nuevos encantos el susurro del agua del estanque, hendida por el pecho del cisne nadador.

A tu lado me senté.

Y conversamos largamente, como quien pasa revista á días que ya cayeron, en el campo triste del olvido.

Mira, Rosa mía, como desfila esa espantosa procesión de sombras.

Y pensar que fueron nuestras quimeras, nuestros deseos, acaso nuestros afectos mismos!.....

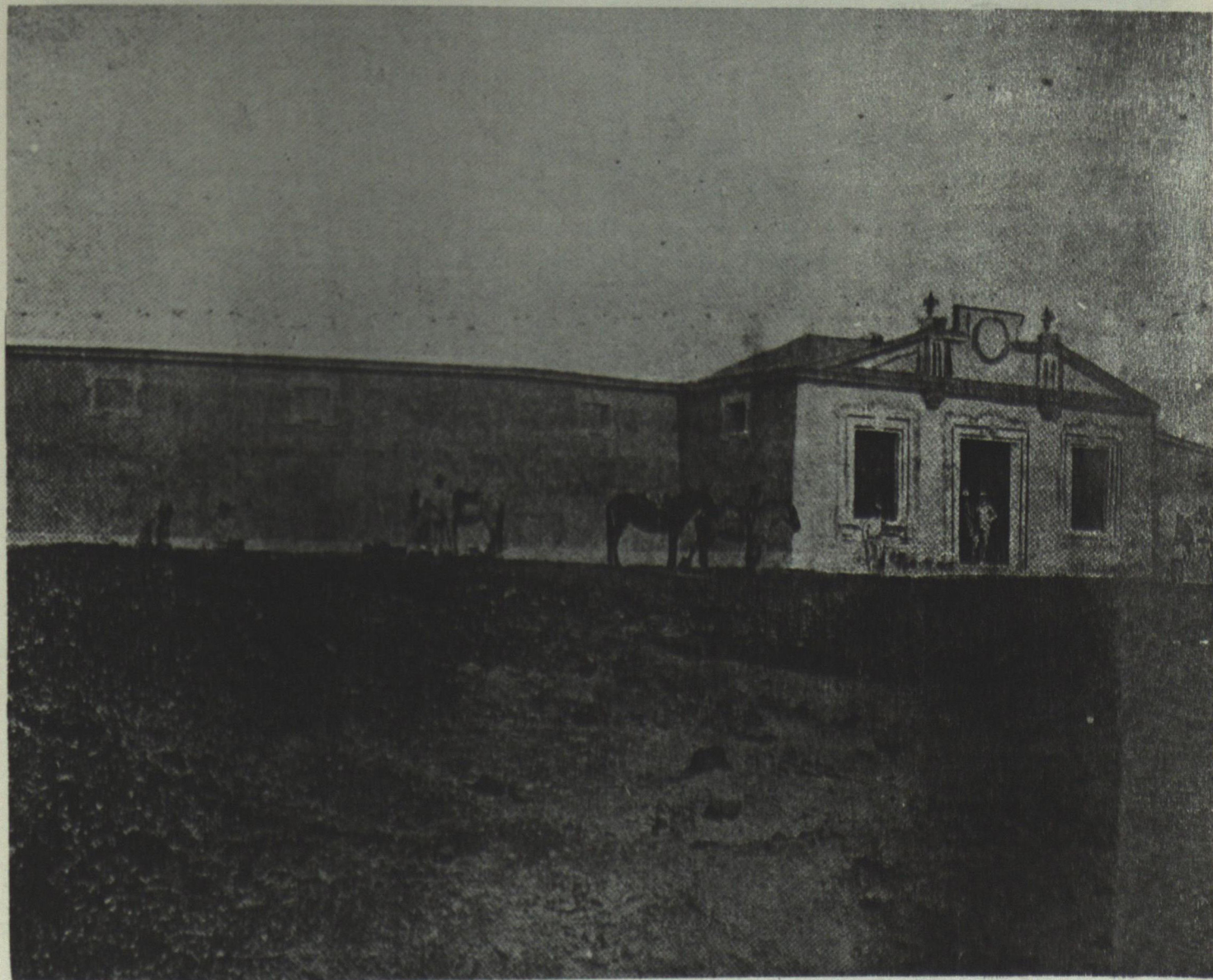
De súbito, me dijiste con ansia:

—Me duele el corazón!

—Sabes tú, mi dulce amiga, lo que es el corazón?

Cualquier estudiante de Medicina podrá decirte que es un músculo muy sólido, en figura de cono inverso y aplanado, que remata en punta obtusa, algo torcida al lado izquierdo donde constantemente late.

Que es el principal órgano de la circulación,



ACUEDUCTO DE BARQUISIMETO (Venezuela) — EDIFICIO DEL ESTANQUE

situado en medio del centro inferior del pecho, y que su base corresponde á la quinta vértebra dorsal y el vértice al cartilago de la sexta costilla.

Que se divide en cuatro cavidades: dos superiores menores que llaman aurículas y dos inferiores que denominan ventrículos. Que estas cavidades se subdividen en derechas é izquierdas, por una especie de tabique carnoso, que impide se comuniquen las unas con las otras. Así, hay una aurícula y un ventrículo derechos, y una ventrículo y una aurícula izquierdos.

Por los primeros, pasa la sangre venosa.

Por los segundos, corre la sangre arterial.

Lleva este músculo la sangre á todos los puntos del organismo, y se encuentra cubierto de una túnica procedente del pericardio, estando sus cavidades interiormente tapizadas por una membrana fina y trasparente, que se continúa con la túnica interna de los vasos.

Hasta ahí llega la Anatomía.

Pero eso tan sólo, no es el corazón, amiga mía.

Por qué late?

Qué fuerza oculta y misteriosa, le impele á contraerse, con ese movimiento que llaman sístole y diástole, desde que lanzamos el primer quejido en este mundo, hasta que exhalamos

el postrer aliento, cuando nos retiramos de la escena de la vida?

Oí decir en la escuela, que el sistema muscular, tiene un órgano central, que es el corazón.

Constituido ese órgano principalmente por sustancias musculares estriadas, transversalmente, contiene cavidades en las que se aloja la sangre.

La arterias, así como las venas, parten de este gran foco vital, para irradiar la vida orgánica.

Mas, por qué la sangre que llega *negra* al corazón, sale para los pulmones, colorándose de *rojo*?

Alguno saldrá por ahí á objetarme, que la acción química del aire, es la causa de ese fenómeno.

Está bien; y sin embargo, cuando se derrama la sangre, los coágulos que reciben la acción directa del aire exterior, se tornan *negros*.

Otra cosa, amiga mía.

También supe que todos los vasos que llevan la sangre desde el corazón hacia la periferia, se llaman arterias.

Y que todos los que la recogen desde la periferia hacia el corazón, se denominan venas.

Los de la circulación mayor, llevan sangre *negra*.

Los de la menor, *roja*.

Deduce, mi gentil amiga.

El borde derecho del corazón, es un tanto agudo, mientras que el izquierdo es algo redondeado ú obtuso.

En la parte exterior de este órgano, se nota algo así como profunda herida.

Es surco superficial, que no divide de por mitad la punta del músculo, sino que forma cierta ranura en la superficie, algo desviada á un lado, que lo divide en dos eminencias más ó menos prolongadas.

La contracción llamada *sístole*, hace estrechar las paredes del corazón, y acorta, naturalmente, la cavidad ventricular.

Los músculos papilares, se contraen del mismo modo, y tiran á su vez, de las válvulas hacia la cavidad ventricular.

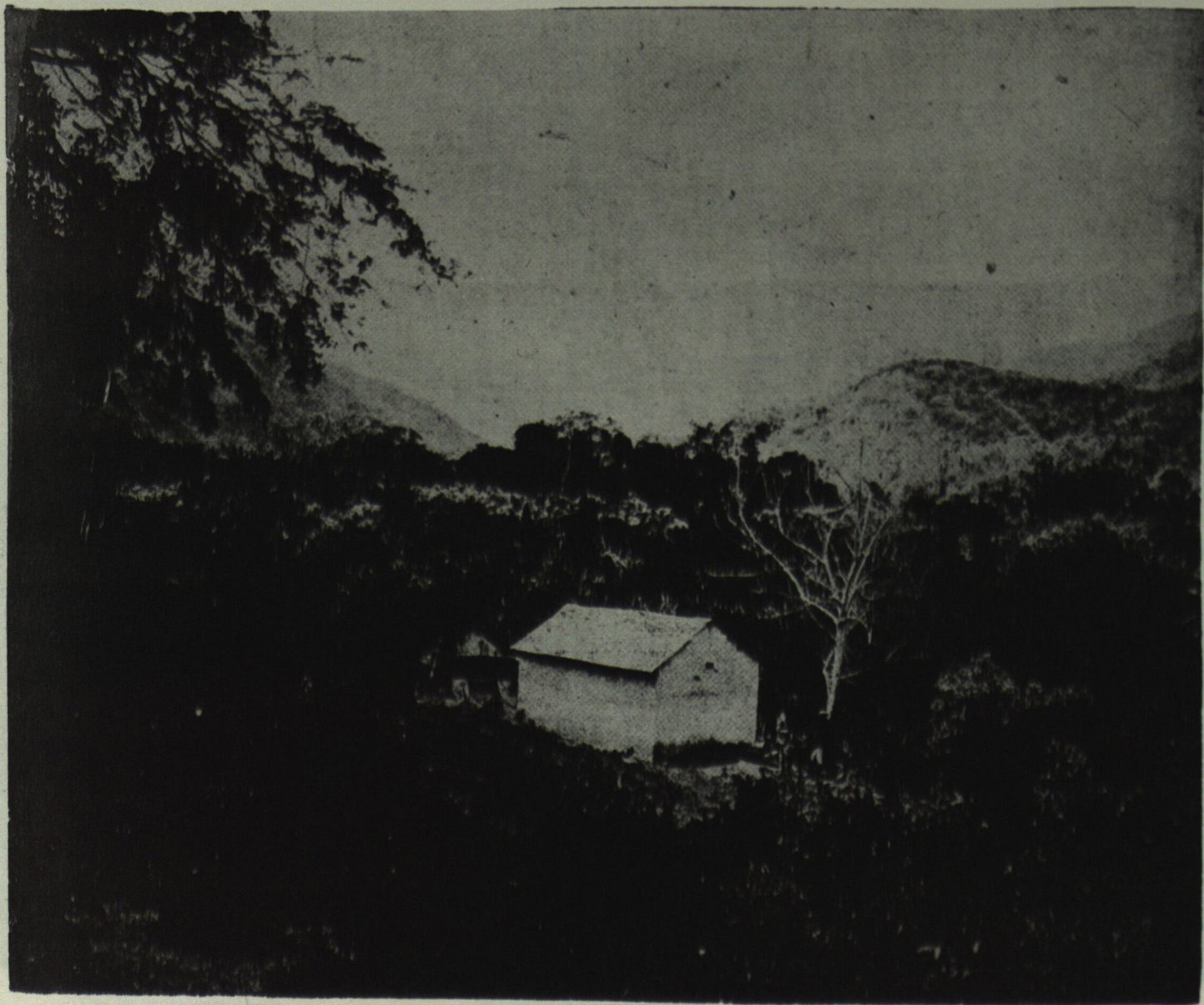
Y, como los músculos permanecen durante esta acción entre las cúspides valvulares, se aproximan estas las unas á las otras.

Al *sístole* de la aurícula, sigue, en el acto, el del ventrículo; y está admitido que la oclusión de las válvulas aurículo-ventriculares, se cumple en el instante mismo en que termina el *sístole* de la aurícula y empieza el del ventrículo.

Ni las aurículas, ni los ventrículos, son semejantes.

Hay una teoría que asegura que la sustancia muscular del corazón se forma de haces primitivos, estriados transversalmente, anastomosados sobre sí, en los cuales difícilmente puede apreciarse el *sarcolema*.

Algunos observadores profundos como Eberth,



ACUEDUCTO DE BARQUISIMETO — VISTA DE LA TOMA Y SUS ALREDEDORES

Ranvier, Crith, convienen en la estructura celular de estos hacesillos.

La agrupación de estos hacesillos musculares en el corazón, es muy característica, amiga mía.

Los hacesillos no se mantienen en su trayecto en un mismo plano de la musculatura del corazón; hacen frecuentes inflexiones, encaminándose hacia planos más ó menos distantes y pasan de la superficie externa á la interna; en otras ocasiones, pasan lentamente formando arcos.

Los hacesillos describen ángulos respecto al eje longitudinal del órgano, y afectan circunvoluciones espirales hacia su derecha é izquierda.

Sólo el ventrículo izquierdo tiene fascículos

propios.

Las paredes internas del corazón, están revestidas de una película finísima, llamada el endocardio, membrana rica en tejido conjuntivo y fibras elásticas.

Todas las anfractuosidades del corazón, se ven cubiertas por esta membrana.

Por lo que respecta al volumen del órgano, te diré que sus condiciones varían, según la edad.

Porque sus paredes se adelgazan.

Hoffmann evaluó el volumen del corazón de un adulto en 250 á 360 c. c.

Y eso nada más es el corazón? preguntarás.

No, mi gentil amiga.

La Providencia de Dios, que procede por

antítesis, colocó en el corazón el amor junto al odio, como puso en el cerebro la razón al lado de la locura, y el recuerdo cerca del olvido.

Más todavía: en una línea de batalla, hay un soldado que marcha impasible hacia adelante, mientras que otro, palidece y tiembla.

Qué es entonces el corazón?

¡Ah! si el corazón no fuera más que el agente principal de la circulación.

Si su *sístole* y *diástole* no se produjera sino para irradiar la vida en el organismo.

Qué felicidad, amiga mía!

Pero.....me detengo, gentil Rosa, porque á mí también me duele el corazón!

JUAN S. LARRAZÁBAL.



ACUEDUCTO DE BARQUISIMETO — VISTA DE LA TOMA POR SU FRENTE

LUCHA

La mar, oh! cuán furiosa
Revuelve la onda á la desierta orilla.....
¿Y adónde venturosa,
Suelto el velamen con nadante quilla
Se engolfó en lontananza mi barquilla?

¿Podrás de infausta suerte
Vencido el golpe, arrebatarte ufana
Al ímpetu de muerte!
O ya perdida en la extensión lejana
Deshecha tabla flotarás mañana?

Ay! quién fió de la onda
Por más que ledo su cristal bullera,
Y en su corriente blonda
Robara el nimbo á la triunfal lumbrera,
Su limpio azul á la gallarda esfera?

¿No ves la blanca espuma
Vellón de nieve que en su cresta mora,
Dorarse cual la bruma,
Y al sol matutinal que la enamora
Desecha en perlas recamar tu prora?

Oh! cuán fugaz mecida
Del céfiro y de la onda, se recrea!
Que al fin ya desprendida
Del vórtice seroz que balancea
La playa absorbe en la brutal marea.

¿Y tú más que la espuma
Serás pobre barquilla enamorada?

¿Y no cual fácil pluma
Del vórtice potente arrebatada
Serás por siempre en el peñón rasgada?

No el céfiro apacible
Que la onda riza en el dormido lago,
A empuje bonancible
Hinche tu lona con festivo halago,
Y al Ponto vence el bramador amago

Oh! ves, qué ya en su seno
La comba azul la claridad abuyenta?
Que ya del bronco trueno
La voz de espanto con fragor revienta,
Cabalgando en el rayo la tormenta!

Que ya en la vela lucha
Deshecho el huracán; adelante, adelante,
Oh timonel! escucha
Al rudo choque del crinado Atlante
La débil quilla restallar tremante!

Y avanza en torvo ceño
Volcán hirviente que espumante ruge.
Retiembla el frágil leño,
La sombra crece, el precipicio muge,
Gime el velamen y el timón recruje!

Y el puerto!..... cuán remoto
Sumido en el confín de lontananza.....
Despiértate piloto
No se hunda la barquilla, avanza! avanza!
Que navega en su fondo mi esperanza!

LUIS CHURIÓN.
(Venezolano.)

JULIANA LA LAVANDERA

NOVELA ORIGINAL

POR EL DR. ANIBAL DOMINICI

Continuación

V

Cerca ya de mediodía salió á la ventana una vecina que vivía enfrente de la casa de Ana, y cómo viese que la puerta de ésta tenía arrancada la cerradura, con señales notorias de haber sido forzada, y no se oía además movimiento ni ruido alguno en el interior, lo que inducía á suponer que algo grave había ocurrido á sus habitantes, se vino presurosa á saber si sus sospechas eran fundadas. Penetró en la morada, llamó, nadie le contestó, y por fin se aventuró á empujar la puerta del dormitorio, donde otras veces había entrado, y desde lejos columbró á la desgraciada mujer tendida en la cama. Su sorpresa fue grande: pensó inmediatamente que la habían asesinado, cuanto más que no descubría por ninguna parte á Carmen. Quiso correr á la calle, más vió á oyó que se movía, y entonces se dirigió rápidamente hacia ella.

Se aplicó primero á sacarle el pañuelo de la boca, y luego á desatarle las ligaduras, lo cual no pudo efectuar sola, y hubo siempre



(Barquisimeto) — PLAZA DE LA PAZ — 1ª FUENTE DEL NUEVO ACUEDUCTO

de salir á buscar dos vecinas más, para que la ayudasen, no á desatar, empresa difícilísima, sino á cortar los cordeles. Mientras le prestaban ese caritativo socorro le hacían mil preguntas, á que ella no contestaba una palabra. Le suplicaban que les dijera lo que había acontecido, quiénes eran los autores de aquella infame violencia, dónde estaba Carmen, qué suerte le había cabido, prometiéndole guardar el más profundo secreto, si así lo deseaba; y nada. Las miraba con ojos extraviados, de sus párpados secos enrojecidos no brotaban lágrimas, tenía la boca ensangrentada, la apretaba convulsamente y le crujían los dientes como un animal salvaje. Rechazó un alimento que le trajeron, ni agua aceptó. Las mujeres se figuraron que estaba loca, y le cobraron miedo.

Cuando Ana se sintió libre de toda atadura, se tiró de un salto al suelo, cogió su ropa, se vistió á toda prisa, y sin calzarse echóse un manto por la cabeza, y corrió á la calle. La que salía no era una mujer: era una leona, se oían sus rugidos!

Al pisar el empedrado tuvo como un vahído instantáneo. Hacía diez y ocho años que no ponía los pies en la calle. Siguió, caminó á la carrera cinco ó seis cuadras, sin saber para dónde iba. Se detuvo un momento. No conocía ya á nadie. ¿Quién podía valerla? Los amigos de su juventud habían desaparecido. El terremoto, la guerra, la emigración habían hecho de Caracas un desierto poblado de ruinas.

Sin embargo, corrió, corrió otra vez al acaso,

cruzando y doblando calles. Divisó á lo lejos un cuartel, y voló hacia el edificio. Llegó: el centinela que custodiaba la puerta pretendió impedirle la entrada, ya ella había pasado. Oyó voces de hombres que hablaban, y penetró en una de las piezas interiores.

Era una sala baja, semioscura, extensa, con las paredes no muy aseadas, con un escritorio, varias sillas y algunas armas y banderas arriadas á los rincones: precisamente el despacho de uno de los jefes superiores de la capital, que estaba á la sazón allí, rodeado de varios oficiales.

—Mi hija! gritó Ana, al poner el pié en el umbral, con acento que hería como un dardo, mi hija! señores, me han robado á mi hija!

Los militares se quedaron estupefactos, é involuntariamente se abrieron formando alas, en el centro de las cuales estaba el jefe, y Ana de un salto fué á pararse delante de éste. Casi todos se acordaron luego á luego del rapto efectuado en la noche pasada, acerca del que tenían conocimiento, unos de oídas, otros porque habían sido colaboradores del raptor.

—Mi hija! mi hija!.....continuaba vociferando la infeliz, y echaba espumarajos de sangre por la boca, y se retorció las manos, que causaba lástima verla. Mi hija! señores; por piedad, que me devuelvan mi hija!.....

Y cayó de rodillas á las plantas de aquellos hombres, con el manto descolgado sobre la espalda, la cabellera hirsuta que le cubría parte del rostro y los brazos alzados hacia el cielo.

—Pero ¿quién es esta mujer? dijo entonces

el jefe, repuesto un poco de su sorpresa, y dirigiéndose otra vez á los circunstantes agregó: qué quiere esta mujer?

Ana fijó en seguida la vista en el jefe y los oficiales, y reconociendo entre estos algunos de los embozados que habían cometido el crimen, se levantó súbitamente, exclamando enloquecida:

—Ahí están! Ahí están!.....Esos son los que me amarraron, los que me robaron anoche á mi Carmen!.....Justicia, señor, justicia contra esos malvados! justicia contra esos bandidos!.....

—Mi coronel, oiga Usía, interrumpió uno de los militares, sin ningún embarazo; ésta es la madre de la chica que se sacó antes de marchar el capitán Fajardo. No haga caso Usía. Vaya una mujer escandalosa!

—¡Fajardo! Fajardo! repitió Ana, como para que no se le olvidara aquel nombre execrado. Justicia! Dios mío! justicia!

—Estas calaveradas de Fajardo!.....murmuró el coronel, cual si se tratara de las travesuras de un niño. ¿Cuándo tendrá juicio ese mancebo?

—Ese Fajardo es un cobarde, y vosotros lo mismo! volvió á gritar ella con mayor furia. Seis hombres contra una mujer! ¿Por qué me ataron? Por qué no fué solo para arrancarle las entrañas?.....

—Mira, replicó el jefe, sal, inmediatamente, coje la puerta!.....Si el capitán Fajardo se ha sacado á tu hija ¿qué he de hacerle yo?.....

¿Por qué no la cuidaste mejor? Vete!.....

—Pero, no oye usted que fueron seis de



ESTUDIO AL LÁPIZ POR MANUEL VICENTE RUIZ

esos infames á robármela, de noche, en mi casa; que me ataron; que ni siquiera me permitieron quejarme y llorar!... Mi hija! señor, que me devuelvan mi hija!

—Fuerte empeño! dijo uno de burla.

—Ya irán léjos! añadió otro también zumbando.

—Vamos, vete, basta ya! agregó el coronel. No es tanta tu desgracia. Fajardo es de lo más generoso, y tratará la muchacha á cuerpo de rey. Tendrás nietos de sangre noble.

Al oír estas palabras que los concurrentes celebraron con una larga carcajada, Ana acabó de perder la cabeza, y se lanzó sobre el

coronel. Si el oficial que estaba más cerca de ella no la hubiera agarrado á tiempo por los cabellos, le habría reventado quizás los ojos al que así la insultaba.

—Ramera! dijo el coronel con la mayor sangre fría; ganas tengo de mandar que te den doscientos palos, atada á un cañón, pero te perdono. Que echen esa prostituta á la calle!

—Maldito sedáis, godos cochinos! profirió Ana, mientras tres ó cuatro oficiales la sacaban á empellones. Ya sabréis lo que puede la venganza de una madre!

Del corredor la tiraron los soldados á la calle, arrastrándola por los cabellos. Entonces

ella corrió, corrió, corrió en diferentes direcciones hasta que acertó á encontrar su casa. Los que la veían pasar pensaban que era una loca.

Entró, no halló á nadie. Se sentó en el suelo en un rincón del dormitorio, y permaneció allí abismada más de dos horas con la cara oculta entre las manos. Después se levantó, registró un arca en la cual había mucha ropa vieja y otros objetos desusados; escogió un vestido que había sido de Julián, y un sombrero del mismo. Calculó si la ropa le serviría, se la midió, la recortó, la cosió y la arregló hasta que le vino bien á su cuerpo.

Luego se puso á recoger todo lo que era de Carmen, y lo cerró en un armario. A todas estas ni hablaba, ni lloraba, ni gemía: sus movimientos parecían automáticos.

Llegó la noche, y no hizo luz. Comió algo que encontró en la cocina, pues desde el día anterior, no se alimentaba, y para su intento necesitaba fuerzas. Así como á media noche encendió una lámpara, se desnudó de su vestido de mujer, y se puso el de hombre, que había compuesto; se amarró debajo de la camisa en un pañuelo á la cintura, unas monedas que tenía; buscó unas tijeras en su caja de labores, y, agachada, sin verse la cara, se echó abajo los cabellos, negros y lustrosos todavía, pues Ana solo contaba á la sazón cuarentidos años de edad.

Al enderezarse apareció convertida en un hombre, de tal manera que ninguno podía dudar de su sexo. Delgado y pequeño de cuerpo, imberbe, pero se figuraban que era muy joven, porque le sobraba soltura en los ademanes, actividad muscular y energía en el rostro. Fue entonces que buscó un espejo, y se contempló satisfecha de su transformación. El odio brillaba en sus ojos, la afilada nariz se notaba más abierta que de ordinario. En su boca se dibujó una sonrisa de triunfo implacable. A la amarillenta claridad de la lámpara que apenas alumbraba, podía percibirse algo siniestro y pavoroso en su semblante.

Se inclinó otra vez, tomó los cabellos cortados, los tiró dentro de un cajón, y pisando con los pies su ropa de mujer, dijo con sorda, pero acentuada voz:

—Adiós, Ana! voy á vengar á Carmen!.... Un rato más tarde salía de la casa, sin rumbo fijo, con una frazada en el hombro. La noche en extremo tenebrosa; no se distinguía nada á dos pasos de distancia; una llovizna sutilísima, un vientecillo leve que la aterfía... Poco le importaba todo eso. Favorecía más bien su propósito.... Fue deslizándose como un fantasma á la orilla de la pared, bajó toda la calle.... Cuando escuchaba á lo lejos ruido de pasos humanos, ruido tan raro de noche en la ciudad por aquel tiempo, se escondía en el guarda cantón de una esquina, y al desvanecerse seguía su camino, hasta que pasó las últimas casas de la población, y desapareció, por el lado del Este, en las sombras del monte.

VI

El Libertador se hallaba por entonces en Barcelona, de vuelta de Aragua del mismo nombre, donde las escasas fuerzas patriotas, que había logrado allegar después de su retirada de Caracas, habían sido destruidas por el numeroso ejército que mandaba Morales. La ciudad estaba llena de espanto con las desastrosas noticias de la guerra, á cada instante se temía la aproximación del inhumano vencedor, sabían todos que era imposible resistirle, y muchos se disponían á partir con Bolívar, que preparaba su salida para Cumaná. Momentos antes de la hora fijada se presentó al Libertador un hombre que quería hablar con él.

—De dónde vienes? le interrogó Bolívar con voz breve, de pies en el patio de la casa, en que se hallaba provisionalmente el Cuartel General.

—Vengo de Caracas.

—De Caracas! Cuándo saliste de allá?

—Hace quince días.

—Cómo dejaste aquello?

—Caracas no existe.

—No existe! qué es lo que dices?

—Digo que no existe, porque después que el ejército patriota la abandonó á su propia suerte, ha desaparecido más de la mitad de la población, y los infelices que allí se quedaron son asesinados de noche uno á uno por los sicarios de Boves, que cometen todo género de crímenes.... Por eso digo que Caracas no existe.

—Mozo, la defensa de Caracas era imposible, replicó el Libertador frunciendo las cejas. —Ojalá que hubiesen quemado la ciudad antes de abandonarla, ya que no quisieron pararse á defenderla. No se habrían visto las horribles cosas que han sucedido....

—Quién eres tú, que te atreves á hablarme así? dijo Bolívar, sorprendido de la entereza de que llamaba mozo.

—Yo soy uno que he perdido más que nadie, he perdido lo que más amaba en el mundo, he perdido algo más precioso para mí, que la vida en la tierra y mi parte de gloria en el cielo!

—Alguno de esos bandidos te ha robado tal vez tu novia. Vamos, dime pronto lo que quieres.

—Quiero servir en el ejército.

—Servirás. Cómo te llamas?

—Me llamo Julián Contreras.

—Sabes que estamos derrotados? que Morales no tardará en venir sobre nosotros? que estoy de marcha para Cumaná?

—Por eso he venido.... Impongo una condición....

—No acepto nunca condiciones.

—La mía no perjudica al Libertador.

—Dila, pues.

—Que nadie me impida jamás matar á todo español que coja yo, de cualquier modo que sea.

—Bueno. Hola! armen á este muchacho. Quieres ser mi espaldero? Me gusta tu ardimiento, añadió Bolívar.

—Eso me impediría satisfacer mi deseo.

—Ignoras que he decretado la guerra á muerte?

—Podría tener Vucencia, sin embargo, alguna vez, aunque no fuese más que una vez, deseo de salvar á un español apresado por mí, y eso me obliga á rehusar.

—Si tuviera cien hombres como tú estaría seguro de destruir en pocos días á Boves, á Morales, á Yañez, á todos esos lobos que se bañan en sangre americana.

—Imposible! Como yo no puede haber nadie, porque nadie ha padecido lo que yo he padecido. Nadie puede odiar á esos hombres como los odio yo.

—Vente conmigo para Cumaná.

—Mi General, Vucencia no va á pelear á Cumaná, y yo quiero ir adonde se pelee pronto. Me voy para Maturín: después buscaré al Libertador.

—Haz lo que quieras, concluyó Bolívar, y volvió la espalda, pensando que si tales odios engendraban en el pueblo los dominadores españoles, era evidente que la causa de América triunfaría á todo trance y contra todos los obstáculos que se le ofreciesen.

Bolívar partió en efecto para Cumaná, y Julián, —ya no llamaremos de otro modo á la infeliz Ana,—partió también en dirección á Maturín. El día siguiente tropezó ésta con algunos dispersos, los cuales vagaban por el monte desde la derrota de Aragua, huyendo de los campos volantes de fuerzas godas que los perseguían. Se dió á conocer, les inspiró valor, dividió con ellos los cartuchos de pólvora que traía, organizó una guerrilla, la cual le aceptó como jefe, y se encaminaron en demanda de Ribas, Bermúdez, Monagas, Zaraza ó cualquiera otro de los jefes que por aquellos lados militaban.

Puesto que por allá estaban Bóves y Morales, á quienes creía los principales jefes de las tropas realistas, allá debía de estar Fajardo, objeto de su implacable persecución. No era así: Fajardo andaba con Carmen por Occidente, donde marchaba á las órdenes de Calzada.

Al cabo de innumerables correrías logró Julián entrar á Maturín con un grupo de hasta treinta compañeros, desarmados los más, hambrientos, casi desnudos, pero todos dispuestos á morir.

Se presentó en el acto á Ribas, y le dijo:

—El Libertador me ha dado de alta en el ejército; vengo de Barcelona y traigo algunos compañeros.

—¿Qué grado tienes? le preguntó Ribas, admirado como Bolívar de la expresión firmísima del que le hablaba, así como de su porte juvenil.

—Soy soldado, y pido que se me destine á un puesto, donde esté bien cerca del enemigo.

—Bien: mandarás á tus compañeros como sargento, y saldrás ahora mismo á pelear, porque vamos á buscar á Bóves en cualquier parte donde se halle.

No pretendo relatar aquí la batalla de Urica, en la cual sucumbió el enemigo más formidable que jamás vieron las huestes patriotas, durante la guerra de la Independencia. Allí halló Julián su bautismo de fuego y sangre: allí se manifestó á los ojos de ambos ejércitos como un tigre embravecido, cuyo coraje no flaquea un instante, cuyo deseo de matar no se extingue jamás. A poco de principiado el combate advirtió que el fusil no correspondía á su designio, pues ni sabía manejarlo, ni se conformaba con su incertidumbre, y lo cambió por una lanza, una lanza que iba derecha al corazón, y veía él que mataba.

No atacaba al soldado, sino al oficial, cierto de que era un español, y cayeron muchos al empuje de su brazo, que era cruel como su odio, y como su venganza inexorable. Cuando Zaraza rompió el ala derecha del ejército realista, que mandaba el mismo Bóves, al lado del impertérrito jefe patriota estaba Julián con sus compañeros, enardecidos todos por el calor de la pelea, de una y otra parte desesperada y sangrienta. De aquel grupo de leones, que dejaba por detrás como rastros de su saña pilas de cadáveres y heridos, salió el terrible lancero, que atravesó el pecho del funesto caudillo peninsular, y le hizo morder el polvo.

De Urica partió Julián con Zaraza para los llanos de Caracas, y recorrió después casi todas las provincias venezolanas, peleando siempre, matando siempre, buscando á aquel Fajardo, de quien nadie le daba razón en ninguna parte. Dos veces había quedado tendido en el campo de batalla, y sus propios compañeros lo habían dejado como muerto entre las sangrientas víctimas de la guerra; pero, se levantaba, y reaparecía en el ejército, en cuyas filas casi se habían olvidado del sargento, ya famoso por su valor, su saña y su crueldad, y volvía á la lucha, y continuaba hiriendo y matando españoles con inextinguible furor.

Más adelante se reunió con el Libertador en Angostura, y partió con él para la Nueva Granada. "Fajardo! Fajardo! Dónde se había sepultado ese hombre?...." Tal era el implacable aguijón de su pensamiento. "Había muerto? Se había ido para España? Entonces, qué suerte había corrido Carmen?...." No lo había encontrado en Venezuela: era preciso, pues, ir á solicitarlo en el territorio del antiguo Virreinato, y marchó para aquella campaña admirable, donde el prodigioso genio de Bolívar, que la concibió halló laureos tan gloriosos como los de Marengo.

En Boyacá, Julián superó verdaderamente á todo el mundo en denuedo y energía; tanto que Bolívar en el mismo campo de batalla lo abrazó, lo hizo oficial y le regaló una espada. Mas, no por eso cambió de modales y costumbres. Siempre entre los soldados, silencioso, triste, sombrío; se conocía que no aspiraba á la gloria, ni pretendía recompensas. Era el primero en lanzarse al combate, era el último que se retiraba del campo, vencedor ó vencido. Después de una jornada de pelea lo hallaban á veces las rondas registrando y examinando los muertos y heridos enemigos con singular atención.

Qué hacía? Buscaba á Fajardo!.... Los había encontrado á todos, sucesivamente, los que contribuyeron al rapto de Carmen, los que la vilipendiarían al otro día cuando fué á pedir justicia, al coronel mismo que mandó arrojarla á la calle, á todos los había visto muertos ó agonizantes. Pero, le faltaba aquel hombre, y deseaba hallarlo vivo para saber de la hija robada. Por eso, aunque no lo había descubierto entre los combatientes durante el día, lo solicitaba entre los muertos durante la noche, con tal insistencia que sus propios compañeros llegaron á tenerle miedo. No les gustaba aquel fúnebre noctámbulo, que parecía gozarse en hurgar los cadáveres. Otros soldados, que no eran amigos suyos, decían que la ferocidad de Julián no era natural, que se alimentaba con sangre humana, que hacía sortilegios con carne de muertos, y corrían sobre sus hazañas así como sobre sus diligencias nocturnas espantosas consejas, que hacían erizar los cabellos á las crédulas gentes del ejército.

(Concluirá)



MARACAIBO (Venezuela) — IGLESIA DE SANTA LUCIA EN EL EMPEDRADO



GUAYANA (Venezuela) — VISTA GENERAL DEL CALLAO
(De fotografía de Lessmann)

A DANTE

(De Alfredo de Musset)

Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria.
(DANTE)

¿Cómo afirmar pudiste que no hay mayor tortura
Que recordar la dicha en medio del dolor?
¿Qué pena, dime, oh Bardo, qué insólita amargura,
Ofensa á la desgracia tan acre te inspiró?

¿Acaso es menos cierto que el claro sol existe,
Porque la noche extiende su tétrico capuz?
¿Y á tu alma egregia herida, perennemente triste,
También ese consuelo negar pudiste tú?

No! Por la luz excelsa que esparce el sol fecundo,
Blasfemia tal no puede tu lengua proclamar!
Al misero un recuerdo de dicha es en el mundo
Más que la dicha misma, placer menos fugaz.

D. JUGO RAMÍREZ.

LAS DOS MARGARITAS

I

Lambert y Landry, que no eran felices en el seno de su familia, por ser hijos de unas gentes muy pobres, resolvieron ir á correr mundo en busca de fortuna. Pusieron en camino una mañana de primavera. Landry tenía quince años, Lambert diez y seis; eran, pues, muy jóvenes para vagabundear de aquella suerte; á la vez que mucha esperanza, tenían poca inquietud. Pero confortáronse grandemente con una aventura que les ocurrió en los comienzos del viaje.

Al bordear los linderos de un bosquecillo, salió al encuentro de ellos una dama; iba engalanada toda con flores; los botones de oro y las pimpinelas sonreían entre sus cabellos, las volúbilis que formaban guinaldas en su vestidura caían hasta sus breves zapatitos de muzzgo semejante á terciopelo verde; sus labios parecían una eglantina y sus ojos dos coronillas azules. Cada vez que se movía, volaban desde ella las mariposas como una rociada. No es sorprendente que así fuese, puesto que era el hada Primavera, á quien desde Abril se la ve pasar cantando por los bosques reverdecidos y por las praderas esmaltadas otra vez de flores.

—Vaya—dijo á los dos hermanos—puesto que partís para un largo viaje, quiero hacer un regalo á cada uno de vosotros. Landry, toma esta margarita; y tú, Lambert, recibe una margarita también. Os bastará arrancar un pétalo á estas flores y tirarlo lejos, para sentir en el mismo instante un placer sin igual y que será precisamente aquel que hayáis deseado. Idos, seguid vuestro camino, y tratad de hacer buen uso de los presentes de la Primavera.

Con mucha cortesía dieron las gracias á aquella hada obsequiosa, y luego pusieron en camino, satisfechos hasta más no poder. Pero al llegar á una encrucijada, hubo discordancia de pareceres entre ellos: Lambert quería ir por la derecha, Landry quería ir por la izquierda; tanto que, para acabar la disputa, convinieron en que cada cual hiciera su gusto, y se separaron después de besarse. Quizá no le disgustara á cada hermano el verse solo, á fin de usar con más libertad el obsequio que les había hecho la dama vestida de flores.

II

Al entrar Landry en la próxima aldea, vió á una joven puesta de codos en una ventana, y apenas pudo contener un grito: ¡tan linda le pareció! No, jamás había visto una persona tan encantadora; ni siquiera había soñado que pudiera existir una así. Casi una niña todavía, con cabellos tan finos y rubios que apenas se distinguían del aire iluminado por el sol, tenía la piel pálida aquí, un poquito enrojecida allí (lirio por la frente, rosa por las mejillas); abríanse sus ojos como dos azules pervincas donde brillase una perla de lluvia; no había labios que, al ver los suyos, no hubiesen querido ser abejas. ¡Guardóse bien Landry de vacilar! Arrancó y tiró á lo lejos uno

de los pétalos de su margarita: aún no había arrebatado el viento el frágil despojo, cuando la niña de la ventana estaba ya en la calle, sonriéndole al viajero. Marcháronse al bosque vecino, con las manos unidas, hablando en voz baja, diciéndose que se amaban; experimentaban tales delicias, nada más que con escucharse el uno al otro, que se creían en el paraíso. Y conocieron muchos momentos parecidos á ese primer momento, muchos días tan dulces como aquel primer día. Hubiera sido una dicha sin término, á no ser porque la niña murió una tarde de otoño, mientras las hojas secas arrastradas por el cierzo chocaban contra las vidrieras dando golpecitos, como los ligeros dedos de la Muerte que pasa. Landry lloró durante largo tiempo; pero las lágrimas no ciegan tanto que no se pueda mirar á través de ellas. Cierta día vió una hermosa transeunte vestida de raso espolinado con oro, audaces los ojos, locos los labios; y echando al viento otro pétalo, partió con ella. Desde entonces, indolente, pidiendo á cada hora que fuese un goce y á cada goce que no durase más de una hora, ávido sin descanso de cuanto encanta, enloquece y extasia, gastó sin contarlos días y noches, todos entre risas, todos con besos. Las auras apenas tenían tiempo para mover las ramas de los rosales y levantar los velitos de las mujeres, ocupada siempre en llevarse los pétalos de la margarita.

III

Enteramente opuesta fué la conducta de Lambert. Era un mocito económico, incapaz de derrochar su tesoro. En cuanto se encontró solo en el camino, prometiéndose ahorrar el regalo del hada. Por numerosas que fuesen las hojuelas de la corola, si las arrancaba á cada instante, llegaría época en que ya no hubiese ninguna. La prudencia exigía reservárselas para el porvenir; obrando de ese modo, de seguro que se conformaba con las intenciones de la Primavera. En la próxima ciudad por donde pasó, compró una cajita muy sólida, con cerradura y llave; metió en ella la flor, resuelto á no mirarla más; quería evitar las tentaciones. ¡Qué había de cometer la falta de levantar los ojos hacia las mocitas de las ventanas, ó seguir las hermosas transeuntes de encendido mirar y labios locuelos! Razonable, metódico, preocupado por cosas serias, hizo comerciante y ganó sumas cuantiosísimas. No tenía más que desprecio para esos aturridos que pasan los días en fiestas, sin cuidarse del mañana; si había ocasión, no dejaba de sermonearles de lo lindo. Por ese motivo considerábanle mucho las gentes honradas, de acuerdo todas ellas en elogiarle, en ponerle como ejemplo. Y continuaba enriqueciéndose, trabajando desde la mañana á la noche. A decir verdad, no era dichoso como hubiera querido serlo; pensaba, á pesar suyo, en los goces que rehuía. ¡No hubiera tenido más que abrir la cajita y tirar al aire un pétalo, para amar y ser amado! Pero, en seguida refrenaba esas veleidades peligrosas. Aún tenía tiempo. Conocería el placer, pero más tarde. Sería ya machucho cuando quedara sin pétalos su margarita. "¡Paciencia, no nos apresuremos!" Nada arriesgaba con aguardar, puesto que la flor estaba á buen recaudo dentro de la caja. La brisa, revoloteando en torno suyo, no cesaba de murmurar: "¡Tira un pétalo, échamelo, á fin de que me lo lleve y te sonrías!" Pero él se hacía el suevo; y el viento se marchaba para ir á menear las ramas de los rosales y sacudir sobre las mejillas de las mujeres jóvenes los velitos de encaje.

IV

Pues bien; al cabo de muchos y muchos años, llegó un día en que visitando Lambert sus haciendas encontráse en el campo con un hombre bastante mal vestido, que iba á lo largo de un campo de alfalfa.

—¡Ah! ¡Qué veo! ¿No eres tú, Landry, hermano mío?

—Sí, yo soy—respondió el otro.

—¡En qué misero estado te vuelvo á encontrar! Todo me induce á creer que has hecho mal uso del regalo de la Primavera.

—¡Ay!—susprió Landry—quizá he tirado demasiado de prisa todos los pétalos al aire. Sin embargo, aunque un poco triste, no me arrepiento de mi imprudencia. ¡He tenido tantos goces, hermano mío!

—De valiente cosa te valieron! Si hubieras sido tan circunspecto como yo, no te verías reducido á estériles duelos. Porque, sábelo, no tengo más que hacer un gesto para gustar todos los placeres de que estás harto.

—¿Es posible?

—¡Como lo oyes, puesto que he guardado intacto el presente del hada. ¡Ah, ah! Puedo pasar buenos ratos, si quiero. Mira lo que vale el tener economía.

—¡Qué! ¿Intacto, de veras?

—Mira si no—dijo Lambert, abriendo la caja que había sacado del bolsillo.

Pero se quedó muy pálido, pues en lugar de la fresca margarita abierta, no tenía ante los ojos sino un montoncito de polvo grisáceo, semejante á una pulgarada de ceniza sepulcral.

—¡Oh—exclamó con ira—maldita hada perversa, que se ha burlado de mí!

Entonces una señora joven, toda vestida de flores, salió de un chaparro del camino, y dijo:

—No me he burlado de tí ni de tu hermano: ya es tiempo de explicarlas las cosas. En efecto, las dos margaritas eran vuestra misma juventud: la tuya, Landry, que has arrojado á todos los vientos del capricho; la tuya, Lambert, que has dejado marchitarse sin hacer uso de ella, dentro de tu corazón siempre cerrado. ¡Y tú no tienes ni siquiera lo que le queda á tu hermano: el recuerdo en flor de haberla deshojado!

CATULO MENDES.

AMOR INMENSO?

Ah! pero ¿es cierto: la blasfemia brota
Como expansión que de la muerte salva,
"En las grandes tragedias de la vida"
Y en los terribles ímpetus del alma?

¿Tu no sabías que el amor inmenso
Tiene sus tempestades y sus calmas;
Que es apacible, como el mar, si duerme,
Pero espantoso como el mar, si brama?

¿Amar no es renacer? ¿mentí aquel día
Cuando te dije que mi amor guardaba,
Como el volcán cubierto por la nieve
Su plumaje de incendio en las entrañas?

¿Amar no es renacer? Amar la vida
Sin luchas, sin protestas y sin ansias,
Sin tormentas que engendren cataclismos,
Sin cataclismos que resulten vana,

Es mentir el amor Y amor que hiela
El corazón, la vista y la palabra,
Es un amor de anémicos y muertos,
De muertos y de anémicos del alma.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

1892

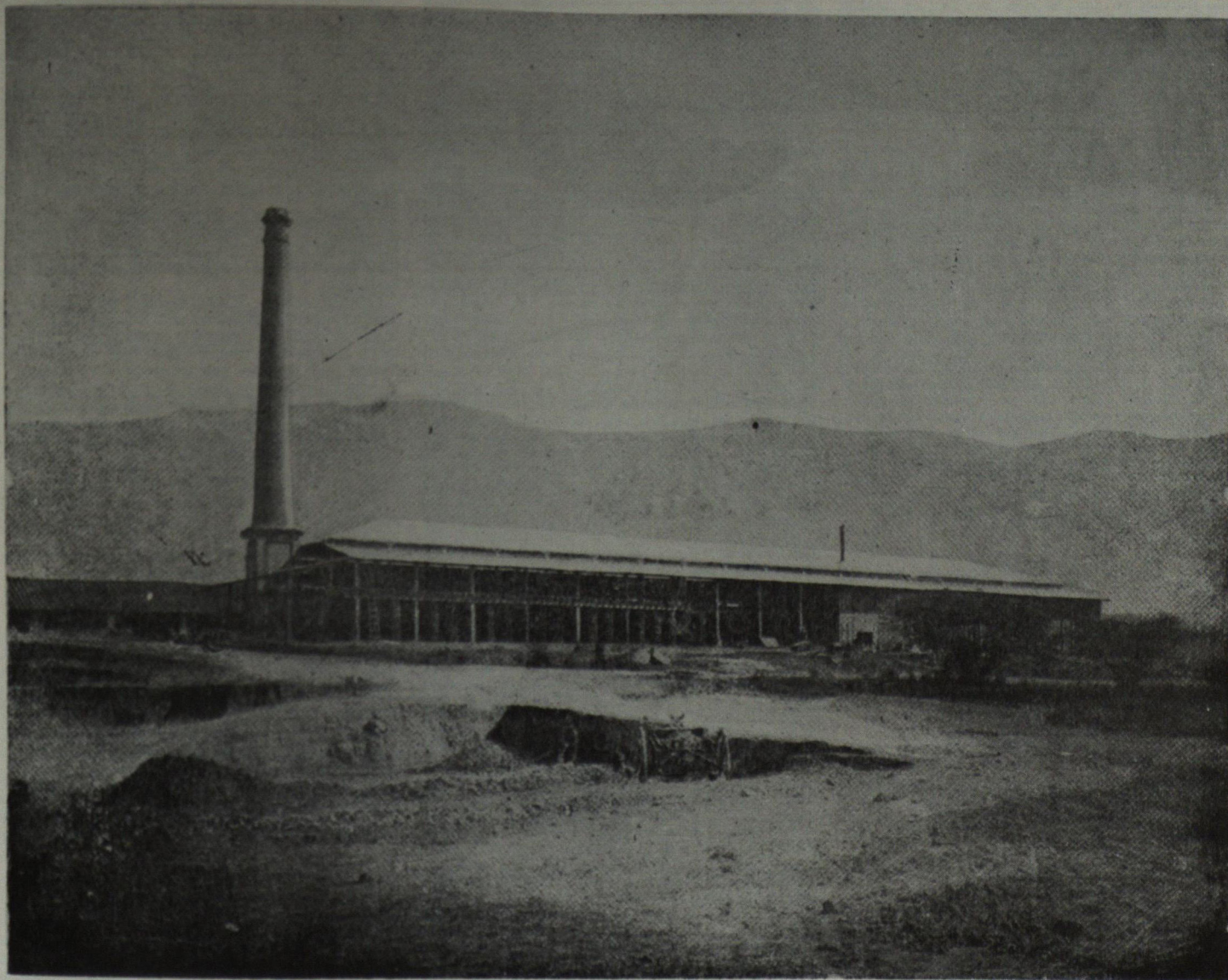
NOTAS CIENTIFICAS

(LA CREACIÓN DE SÉRES VIVOS)

Una de las cuestiones más importantes que registra hoy la prensa científica europea, es la que se refiere á los experimentos practicados por varios fisiólogos y químicos con el propósito de realizar lo que hace un siglo merecería el castigo ó el desprecio: la creación de seres vivos, ó de algo que en mucho se les asemeja.

A primera vista parece cosa de locos ó soñados la sola enunciación de tal idea, debido ésto á que la generalidad de las gentes se forma un concepto erróneo acerca de la materia de que están constituidos los seres que forman los reinos animal, vegetal y mineral; pues solamente los versados en las ciencias biológicas profesan la fe de la unidad de la materia y saben que las células que componen el cerebro de un Pasteur ó de un Renán, tienen el mismo principio constitutivo, exacta base de creación material, que el de un asno, un roble ó un cristal; diferenciándose sólo por la fuerza diversa que presidió al desarrollo celular, fuerza inicial que posee latente, y sin saberse aún por qué, la célula primitiva germinadora.

Y no obsta la risa ó el desdén de los ignorantes en biología, para que sea tan verdad como la exis-



COMPANÍA ANONIMA "ALFARERÍA Y CALERÍA" — CARACAS

Vista del edificio de la máquina en Catia

tencia de la luz que á diario nos alumbra, el que todo animal, planta ó piedra tiene por fundamento único de vida el mismo átomo material, y que los diversos aspectos, formas y diferencias de todo lo que palpamos en los diversos órdenes de la naturaleza, no deben su variedad sino al modo y dirección de la fuerza universal que acompaña siempre á la materia, que es inseparable de ella, y que hace que el huevecillo de la alondra, (de absoluta semejanza química á aquel de que nace el hombre) por la condición especial del medio en que se desarrolla, produzca por ejemplo, la dulcísima ave de Julieta y no el feísimo murciélago.

Cristalógrafos y físicos de nuestros días (Schutzenberger, Traube, Harting, Vogt., etc.) han negado por medio de experimentos, que haya entre la materia que llamamos bruta y la que denominamos vida *diferencias de naturaleza*; aceptando sólo *diferencias de grado*. Los puntos en que se funda la soñada divergencia pueden reducirse á tres: la sensibilidad, la movilidad y la nutrición. Pues, bien; los cristales y la materia bruta poseen una especie de "irritabilidad rudimentaria, y reaccionan al choque, al calor, á la electricidad, á la luz". En cuanto á su capacidad de movimiento comprobado lo ve todo el mundo con la afinidad mútua del imán y el acero, y en la tendencia irresistible que á unirse tienen diversos trozos de madera cuando flotan en mar ó río, que parece como que por instinto buscan mutua protección contra las fuerzas que los agitan ó arrastran. Y respecto á la nutrición, se observa á cada paso cómo los cristales que por cualquier accidente han perdido una porción de materia, la reparan lentamente, si el medio para ello es propicio; (experimento de Pasteur (!)); ésto fuera de que sabemos todos el que las piedras aumentan de año en año y viven y mueren como los demás seres, ó mejor, crecen, se

deterioran y se destruyen, gozando al parecer como el hombre, de infancia, juventud y vejez.

Mas una cosa es comprobar la unidad de la materia y la existencia de una fuerza creadora universal, y otra el dar la explicación ó el *por qué* de la síntesis que se llama vida! ¿Qué es la vida? El ilustre fisiólogo Claudio Bernard emplea un volumen para definirla, y una sola línea el biólogo Letourneau. Ambos sabios y mil más no logran sin embargo darnos más que hipótesis, y no creemos que ni ellos ni nadie llegará nunca á descifrar el enigma, á decirnos lisa y llanamente por qué una sola célula en los organismos inferiores, y dos en los superiores, exactamente iguales ante la inspección microscópica, ante el análisis químico más sutil, se reproducen y desarrollan hasta constituir seres infinitamente diversos como el molusco y el hombre, única y exclusivamente por no ser análogos los medios en que ambos átomos se desarrollan.

Pero si cierto es que el *por qué* de la vida quizá nunca podrá conocerse, debemos no desentender de que la inteligencia humana prosiga en su camino de creación científica, y lleguemos en no lejano tiempo, á presenciar la formación de seres vivos, creados con los cuerpos simples que registra la Química. Tal esperanza nos la hacen concebir los experimentos de que queremos dar sucinta noticia á los lectores de EL COJO ILUSTRADO, y para cuyo objeto traduciremos á continuación los párrafos con que finaliza su bello estudio acerca de este asunto el célebre naturalista francés Mr. Henry de Varigny.

Los químicos han llegado á producir, por síntesis, cuerpos disimétricos; sus reactivos y combinaciones de laboratorio han copiado, pues, la obra de la vida. Ellos, además, han realizado multitud de síntesis artificiales, y han empleado, á voluntad, en sus crisoles ó matraces, sustancias de cuya

creación tan sólo se creía capaz al ser viviente. Fué la urea una de estas primeras sustancias, producto de la desasimilación de las materias albuminoides; luego los carburos de hidrógeno, el alcohol, varios alcaloides vegetales y muchas otras que sería largo enumerar; y por último, M. Schutzenberger, el célebre químico del colegio de Francia, ha llegado á operar la síntesis de un cuerpo que presenta todos los caracteres de las peptonas, esto es, de la albúmina, ya que las peptonas probablemente no son sino albúmina hidratada que ha sufrido un cambio de forma, pero no de naturaleza química.

Sea, me dirán; pero al cabo todo ello no es la materia viva ni tiene la forma de ésta. Bien está, pero error también sería decir que tales sustancias son materia bruta, pues son algo más, sin llegar á ser aún la materia dotada de vida, de vida tal como la vemos en las células vivas. Por lo que á la forma respecta, el asunto es de poca importancia.

Traube ha podido fabricar células artificiales mezclando soluciones de gelatina y de tanino, células perfectamente unidas y susceptibles de crecimiento, células provistas de una membrana á través de la cual se establecen corrientes que van de afuera hacia adentro; y recíprocamente, gracias á las cuales se produce el aumento de volumen. Apresúmonos á agregar que esto no es todavía células vivas, en el sentido que se da comunmente á la palabra *vivo*, pero aun así este resultado no es de despreciarse. Recientemente, en 1890, un zoólogo alemán de gran reputación, Butschli, ha dado á conocer algunos experimentos del mismo género y sumamente curiosos, fabricando células formadas de aceite y de una sal de cal, en las cuales se operan movimientos y corrientes notables, que semejan en absoluto los que se observan en las amibas, que son protozoarios.

La química nos muestra, de manera muy precisa, que en suma no hay, desde el punto de vista de la materia, nada de específico en la vida. De

ello deduzco yo que la vida no produce ningún cuerpo cuyos elementos no sean conocidos y abundan en la naturaleza; la vida les da nueva forma á estos elementos, los agrupa, los combina de maneras particulares mas no opera sobre ningún elemento especial, y según toda probabilidad, no realiza ninguna síntesis que no podamos esperar se vea operada en nuestros laboratorios. Por otra parte, la química nos enseña que los materiales de que se compone la sustancia viva son materiales que existen en estado primitivo en la naturaleza y abundantemente además. En suma, la materia viva es una forma de la materia bruta, y los productos de la vida no difieren de los productos brutos sino por la forma química, por el género de agrupamiento que ella les impone. Así, pues, la vida viene á ser en definitiva una forma: el fondo es el de la naturaleza bruta; tan sólo la forma es distinta. Esto sentado, tenemos el derecho de esperar que llegue el día en que se creen las condiciones, en virtud de las cuales los elementos brutos toman la forma viva antes que ninguna otra, esto es, que se agrupen y dispongan como para llegar á ser materia viva. La operación no tendrá nada de sobrenatural y permitido es desde ahora el prever la posibilidad. Todo está en encontrar el medio, con hidrógeno, oxígeno, ázoe, carbono, azufre, etc., en crear condiciones tales que estos elementos se unan en una sustancia que semeje al protoplasma, á esta base física de la vida que hallamos en cada célula; no se trata, en absoluto, de descubrir el procedimiento que permita crear un cuerpo químico especial á la vida, pues este cuerpo no existe; la materia viva está toda hecha de materia bruta; de ella procede, á ella vuelve y de ella vive. Pero—no nos cansáremos de repetirlo—á tan extraordinario resultado se llegará probablemente sin poder aún comprender ni definir realmente lo que es la vida.

.....
Espanto en unos cerebros, entusiasmo en otros, producirán los sucesivos adelantos y triunfos de la ciencia experimental que hoy domina en todo el orbe. Ya estamos á las puertas de grandes afirmaciones. Es-
peremos.

—ES—

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

"CLINICA DE NIÑOS POBRES"

CON MOTIVO DE LA SEMANA SANTA

LANDAETA ROSALES

EN EL TELÉFONO

EN LA IGLESIA

EN EL TRANVÍA

EL POLVO DE LAS CALLES

PESAME

Pasan de veinte mil las personas, entre niños y adultos, que hasta hoy han recibido asistencia médica en la Clínica de Niños Pobres, establecida en el Colegio de Santa María y regentada por el eminente facultativo Dr. José Manuel de los Ríos.

Sin aparato alguno, con la publicidad apenas necesaria para que sepan los menesterosos dónde la Providencia distribuye por medio de sabias manos bálsamo benéfico, y dónde los que de instruirse tienen sed hallarán para apagarla fuente pura, así se verifica aquella altísima labor cuanto benéfica instructiva que inició el filántropo Dr. Avelado, que patrocina la sociedad Tributo á los Pobres y que lleva á cabo con ejemplar constancia y cabal acierto el venerable Dr. Ríos. Dignos del más alto encomio son los esfuerzos que de diario hace el señor Dr. Ríos por levantar cada vez más su honrosa profesión, desde luego que hay en ellos hermanados propósitos igualmente nobilísimos, cuales son distribuir el pan de la instrucción y derramar al propio tiempo con mano caritativa bálsamo de consuelo para las penas corporales.

La Clínica de los Niños Pobres es templo donde el señor Dr. Ríos ejerce el triple ministerio de la asistencia profesional, de la prensa y de la cátedra. Allí asiste con paternal solicitud á los menesterosos; allí da periódicamente conferencias en que reparte á manos llenas la abundantísima cosecha de su ilustrada experiencia; allí acopia preciosos materiales para el periódico de que es Director, el que con el mismo nombre de la institución se distribuye gratis en Caracas.

Las obras verdaderamente caritativas y útiles, que por esto mismo se ejecutan veladas por la modestia de sus autores, alcanzan á las veces, como ahora, aplauso pequeño por serlo quien lo tributa; pero van acompañadas de la grandeza

de la gratitud que acostumbra loar con bendiciones, precio con el cual se adquiere seguro de inmortalidad para el nombre, ejecutoria que ante Dios vale para la gloria eterna del espíritu.

*

Se acercan los grandes días en que anualmente conmemora la Iglesia Católica el hecho más trascendental que registra la historia de nuestra santa religión: el martirio de Jesús.

En vano llegan al extremo los esfuerzos del incrédulo para echar por tierra lo que es inmovible, lo que es eterno y divino por su origen. No hay análisis, no hay científica investigación, no hay argucias filosóficas capaces de destruir en el alma del creyente la obra del sentimiento apoyada en la razón. En vano gritará el libre pensador en los oídos del católico convencido esta palabra: necio! En vano con ahínco y constancia dignos de mejor causa agotará el hombre de ciencia sus fuerzas en el laboratorio para hacer de la artificial célula viva. En vano se pondrá ante los ojos del creyente el ejemplo de la prevaricación en los mismos apóstoles de la doctrina santa: la verdad indestructible será siempre vencedora; no abandonará la fe los corazones donde anida; no brillará la luz de la bujía donde está alumbrando el sol! En tanto que conforte la esperanza, en tanto que consuele la oración, que la caridad ampare, que la moral dignifique, que la virtud sea el gran respeto de la tierra, vivirá la doctrina incomparable que impone la esperanza como deber, que hace fácil la oración hasta el punto de admitir como la mejor la más íntima acción del pensamiento, que ordena la caridad en su más amplio sentido, que posee la mejor moral, y consagra la virtud como obra suya.

*

El incansable Manuel Landaeta Rosales ha hecho imprimir lujosamente en los talleres de esta empresa, y de orden del Jefe Civil y Militar del Estado Miranda, la hoja de servicios del insigne patriota José Félix Rivas, el héroe de La Victoria, Los Horcones, Niquitao, Vigirima etc. etc.

Landaeta Rosales posee especiales condiciones para la estadística, cuales son inteligencia en la materia, mucha actividad, constancia ejemplar y afición muy señalada por esta labor de suyo ingrata. Quiera Dios concederle larga vida y tenderle generosa mano la República; con esto llevará á cabo muchos trabajos, de los que tiene ya empezados algunos y otros en idea, trabajos de importancia, de verdadera utilidad.

*

Suena la campanilla del teléfono.

—¿Quién llama? pregunta usted.

—¿Con quién hablo? contesta el que llamó.

—¿Quién llama? vuelve usted á preguntar.

—¿Con quién hablo? le vuelven á decir.

Usted está, en su derecho de, preguntar quien es la persona que ha pedido la comuniquen con usted; pero ella no se cree en el deber de dar su nombre, sino que, por el contrario, además de molestarle á usted, pretende obligarle á satisfacer una impertinente curiosidad.

Es este un abuso que comete todos los días casi todo el mundo. Comprendo que muchos no quieran dar su nombre hasta no saber si realmente la oficina del teléfono les ha comunicado con la persona que solicitan; pero no es esa la manera de proceder, sino ésta:

Supongamos que es un suscriptor quien llama á la oficina de EL COJO ILUSTRADO.
Suscriptor:—Sírvase, señor operario, comunicarme con el número 136.
El Cojo:—¿Quién llama?
Suscriptor:—¿Hablo con El Cojo?
El Cojo:—Sí, señor, habla usted con él.
Suscriptor:—Soy el suscriptor N. que desea esto ó lo otro etc.

Basta, pues, si no se quiere anticipar el nombre, con preguntar si se habla con la persona á quien se solicita; y si tampoco se quiere nombrar á ésta, se puede preguntar simplemente: ¿hablo con el número tal?

Parece imposible que haya tantos á quienes no se les ocurra esta tontería!

*

Don Patricio es un caballero amigo mío, que acostumbra oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar. No gusta de arrodillarse en el suelo, razón ésta que le hace preferir las iglesias donde hay asientos y reclinatorios.

Para tener la seguridad de oír la misa con toda tranquilidad y devoción, don Patricio llega al templo con anticipación de un cuarto de hora á la en que se reza su misa acostumbrada. De este modo escoge el asiento que le cuadra y lo ocupa después de sacudir el polvo de que infaliblemente están cubiertos silla y reclinatorio.

Muy desazonado estaba el domingo último mi hombre al salir del templo, porque doña Pánfila y sus niñas, gentes de esas que se imaginan que el reloj aguarda, como se entretienen más de lo justo en los perfiles del tocado, encuentran siempre al padre en el altar, y, naturalmente, todos los asientos ocupados. Pero ¿quién dijo miedo? Doña Pánfila y compañía se las componen siempre de suerte que ponen á algún prójimo en la forzosa de cederles su puesto á fuer de hidalgo, pero descañoles mentalmente uu tabardillo á Doña Pánfila y sabañones á las chicas.

La víctima principal del último domingo fué el bueno de don Patricio, á quien doña Pánfila se le cosió del lado derecho, que era el lado libre, porque estaba él ocupando asiento de extremo.

Don Patricio se hizo el ciego al principio; pero ¡que si quiere! Doña Pánfila se arrodilló en el suelo echando un resoplido y dirigiendo mirada tal de reprensión á don Patricio que no le quedó á éste otro recurso que abandonar el puesto.

—Todo caballero, decía él, tiene el deber de ser atento con las damas, pero éstas no lo tienen menos de no abusar, sobre todo con indirectas del padre Cobos, de las de peor estilo.

Tiene razón Don Patricio.

Una criada sale á la puerta de la calle en el momento en que por ésta pasa el carro del tranvía y grita: páre! páre!

El carro se detiene y todos los pasajeros vuelven la cara para ver al que ha de subir.

Pasan dos minutos, y la criada vuelve á salir, mira si aún está allí el carro y entra precipitadamente á la casa.

Pasan otros dos minutos y aparece por fin la persona causa de aquella detención: una jamona emperifollada. He dicho que aparece: de esto á subir al carro hay buen espacio. Qué ha de subir, si tiene que esconderse detrás de la hoja de la puerta para ajustarse una liga, y luego dar ciertas órdenes á la criada, y despedirse de una persona que está detrás de bastidores, y ver hacia arriba y hacia abajo, y.... qué se yo.

Por fin sube y el carro echa á andar; pero la jamona grita: páre! páre!

La criada sale con una cesta que pone en el carro, hecho lo cual entra á la casa. Rueda el carro.

—Páre! páre!

La criada trae un llo.

Vuelve á rodar el carro que ya queda á media cuadra de la casa.

—Páre! páre!

Ahora le traen á la jamona el paraguas y luego, (siempre después de andar y parar el carro), el libro de misa, el pañuelo, los espejuelos, un paquejito que huele á repostería; y después de un memorias á mi madre que se escucha detrás de la celosía, el carro se pone en camino y usted ha perdido el tren.

*

Hace pocos días tuve un encuentro en la calle con un individuo, para mí desconocido, que me detuvo tomándose familiarmente por el brazo.

Debí de leer en mi cara la sorpresa, pues, me preguntó algo cortado:

—¿Cómo, no me conoces?

—No tengo el honor.... dije más sorprendido al ver que me tuteaba.

—Pero chico, si soy Fulano!

Me eché á reír. Figúrense ustedes que mi amigo, porque lo era, tiene el pelo y la barba más negros que he visto, y el día á que me refiero estaba de rubio.

—¿Qué te había de reconocer, hombre, si estás hoy de rubio.

—¿Yo? No comprendo; explícate.

—Que estás hoy de rubio; que te has pintado de amarillo la barba y el pelo.

—Calla, si tú también estás más rubio que de costumbre. Pero eso de que yo me pinte no lo dejo pasar.

La discusión siguió; mi amigo y yo cerramos una apuesta, y examinados por un perito el pelo y la barba, resultó que ambos teníamos razón: estaba de rubio, pero no pintado. Lo que le hacía aparecer así era el polvo que se le había pegado. Yo también estaba más rubio. Empezamos á notar que todo el mundo estaba lo mismo. Nos creíamos en Berlín.

Nos encontramos con un entierro y observamos que todos los trajes eran amarillos, y, ¡cosa más rara! los sombreros de pelo eran dorados.

Una ráfaga vino á levantar tal nube de polvo, que mi amigo y yo estuvimos sin vernos ni oírnos algunos segundos. Cuando cesó la ráfaga me encontré delante de la estatua en greda del que había sido mi excelente amigo.

De la estatua salió algo así como una voz que dijo: "Estamos en el desierto. Esto es el terr-

ble *Simoun*. Adiós, amigo mío, que la tierra nos sea ligera!"

Me alejé horrorizado. Llegué a mi casa y ¡oh desengaño terrible! mis hijos no me reconocieron, huyeron de mí dando gritos de espanto. Corrí al espejo y yo tampoco me reconocí. Me lavé la cara y el agua le sirvió de mezcote a un albañil que trabajaba en casa.

Acepillé la ropa y fué preciso sacar la tierra del cuarto con pala y zurrón.

¿Pero, y el polvo que se me había metido por las narices?

Me estaba asfixiando. Llamé al médico, y éste, después de mucho percutir y pasarme la oreja por todas partes, declaró que yo no podía vivir, porque tenía los pulmones de mamposería.

Naturalmente, poco después me morí, . . . digo, me desperté.

¿Por qué en vez de soñar estos disparates, no soñé que habían sido regadas y barridas nuestras calles?

Porque nunca se sueña lo imposible.

Ha muerto en avanzada edad un hombre virtuoso y respetable: el señor Francisco L. Romero, jefe de honorable familia muy relacionada y querida en esta sociedad.

Paz á los restos del bondadoso anciano y á sus deudos nuestro afectuoso recuerdo en estos tristes días.

VARIEDADES

CUCHILLOS, CUCARAS Y TENEDORES

El cuchillo es sin duda el más antiguo de los utensilios de la mesa: el sílice, reemplazado sucesivamente por el bronce y el hierro, se empleó para la hoja de los cuchillos de los tiempos prehistóricos. Arma y herramienta á un mismo tiempo, inseparable del hombre; el cuchillo le servía de instrumento en los combates, en la caza y en las comidas, así como en toda ocasión en que fuese necesario el empleo de un instrumento cortante. El dueño de la casa no tenía necesidad de facilitar cuchillos de mesa á sus huéspedes: este género de utensilio, según parece, no llegó á fabricarse antes del siglo XIV. Las prácticas supersticiosas, que todavía subsisten en algunos países, se hallaban también unidas á este accesorio de la vida del hombre: si un niño recibía un golpe en la cabeza, se comprimía la parte aporreada con la hoja de un cuchillo, recitando al mismo tiempo, tres, siete ó nueve veces alguna fórmula propiciatoria.

En los siglos XIV y XV, un uso eclesiástico prescribía el empleo de cuchillos cuyos puños variaban de color según las cuatro épocas: color de ébano para la cuaresma, de marfil para las Pascuas, blancos y negros, en forma romboidal, para la Pentecostés, etc. Existían para el servicio de la mesa tres especies de cuchillos: un cuchillo pequeño para cada convidado—un cuchillo para trinchar con hoja bastante grande para presentar á cada invitado la porción de carne correspondiente—por último el cuchillo *para pan* empleado en quitar la corteza del pan ó de los pasteles, y sobre la cual se colocaba la carne: á este cubierto improvisado se llamaba *tajadero*. En los banquetes reales ú otras fiestas de aparato, se ponía generalmente un plato de plata debajo del *tajadero* del rey ó de los señores. Luego se introdujeron en los hábitos los discos de madera; pero en el siglo XVI los *tajaderos* y el *parapán* quedaron abandonados, no así otra costumbre de la edad media que se conservó en Francia hasta la caída de Luis XVI. Los cuchillos, y asimismo las cucharas, tenedores, vasos, confiterías, especias y vinos escogidos, se traían en la *nave*, cofre singular de oro ó de plata, ó bien de un metal

dorado ó plateado, cuya forma era la de un barco con todo su velamen. (También se le daba el nombre de *candado*, por hallarse cerrado con un candado. El utensilio más precioso que contenía la nave era una pieza de orfebrería, la lengua de serpiente, cuyo oficio era á menudo reemplazado por el cuerno de un unicornio, esto es, por la mandíbula de un narval (1) cuerno y lengua que servían para las pruebas de los platos y bebidas: los alimentos, al hacerse el ensayo, cambiaban de color—así al menos se decía—si contenían veneno. Los cuchillos de punta redonda aparecieron por primera vez en la mesa de Richelieu, por haber éste visto uno de sus comensales hacer mal uso de un cuchillo de hoja aguda.

Después de los cuchillos, son las cucharas los utensilios de mesa más antiguos: fueron los primeros pedazos de madera burdamente cortados en uno de los extremos ó escudillas de cuerno barnizadas con laca; los lapones, utilizan aún como cucharas los cuernos del reñífero, y los rusos emplean mucho las cucharas de cuerno barnizadas de colorado, de negro y de oro. El uso de las cucharas de hierro bruto y estañado y las de bronce, se remonta á grande antigüedad: el Egipto las tuvo en forma de pescado y de gacela y en Herculano y Pompeya se han descubierto cucharas de plata, de bronce y de marfil. No falta quien haga mención de las cucharas de oro que se daban á los convidados en los banquetes macedonios.

En la edad media, este género de utensilio se conservó en uso; las cucharas de oro y de plata, figuran con frecuencia en los inventarios; pero el estaño y á falta de éste el plomo, desempeñaban el principal papel en las mesas modestas ó pobres. Hubo ordenanzas reales en el siglo XV dadas con el objeto de garantizar el título de la vajilla de una pieza, y de proteger contra el extranjero á los fabricantes de Londres. Las cucharas tuvieron, según los tiempos y lugares, diversas formas y ornamentaciones de capricho, y hasta las hubo alemanas y flamencas (en los siglos XVII y XVIII) en que la pala de metal estaba unida á un mango muy incómodo formado por un ramo de coral. Las cucharas de los indostanos, profundas y circulares, tienen mangos que figuran una serpiente, ó bien adornados con un loro ó la estatua de uno de sus dioses.

Los tenedores, aunque ya conocidos de los pueblos de la antigüedad, no llegaron á ser de uso general sino en una época no muy lejana de nosotros (bajo el reinado de Luis XIII). En Pompeya se ha descubierto un tenedor de plata, lo cual no desmiente á una observación apoyada en numerosos testimonios con anterioridad al siglo XVI, los tenedores no servían en las comidas sino excepcionalmente y en determinados casos, para comer, por ejemplo, carne asada, pastelerías, manzanas, peras cocidas, mariscos. Comíase todavía con los dedos en 1462, en la corte del duque de Borgoña; María Estuardo, educada en medio de la elegante corte de los Valois, no lo hacía de otro modo después de su regreso á Escocia. Sin embargo, en el siglo XI, la mujer de un dux de Venecia, una griega de Constantinopla, comía con un tenedor de oro; Eduardo I de Inglaterra (fin del siglo XIII) tenía tenedores de plata y de cristal con mangos de ébano y de marfil; Carlos V, rey de Francia (siglo XIV), los usaba igualmente, y el South

Kensington Museum, posee un tenedor—cuchara, de fabricación francesa (siglo XV) de cristal de roca montado sobre plata dorada, cuyo dibujo y ejecución son admirables. El número de puntas ó dientes ascendió gradualmente de dos á tres y á cuatro; el largo de los dientes excedió en los primeros modelos á la dimensión de todo el mango.

Sometidos á ciertas formas y proporciones los utensilios de la mesa se prestan á multitud de materiales y dibujos. Vulgares por su empleo, pueden sin embargo estar marcados con el sello de lo bello, y el arte grande y verdadero lleva por fin hacer penetrar la belleza en los más humildes hogares así como en las salas de los museos; cumpliendo este destino, el arte servirá á la humanidad entera.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

CAPITULO XVII

La esposa de Burns fué enterrada el día siguiente por la mañana en el cementerio de Brompton. Felipe, Margarita y yo, con Burns y su niño, estuvimos allí con el dolor y tristeza que es de imaginarse. Terminada la fúnebre ceremonia volvimos á la morada de los Harlowe.

Burns no se quedó, aunque Margarita le invitó á comer con nosotros.

Tenía algo que hacer, y agregó:

—Si todo se arregla como espero, partiré esta noche para Liverpool con mi niño; dijo, y salió. Después de la comida Margarita, con melancólica resignación, empezó á arreglar la ropita de Eddy y á hacer un paquete de algunas cosas que habían pertenecido á la pobre madre, y que pensó que Burns desearía conservar como recuerdos,—un ramo de flores que había estado junto á su cama y le había causado sumo placer la última mañana de su vida, los guantes con tanto primor remendados que había usado, y otras cosas por el estilo.

—Yo me dirigí á mi morada á esperar la visita de Motley. Estaba sentado cerca de la ventana cuando dieron las tres, y precisamente al oír sonar la campanilla vi á Burns al otro lado de la calle. Eso me pareció singular.

En la puerta encontré á Motley; y al cerrarla percibí á Burns en la acera de enfrente, cerca de la esquina, con las miradas clavadas en mi casa.

Motley traía un paquete en la mano, que depositó sobre la mesa, y, arrojándose en un sillón, se quitó el sombrero y tomó aliento como si la subida de la escalera le hubiese casi privado de respiración.

—Si tiene usted una botella de agua de Seltzer, tenga usted la bondad de dármele, amigo mío, dijo enjugándose con su gran pañuelo de seda el copioso sudor que le bañaba el rostro.

Le traje lo que me pidió: encendió un puro, pero no me ofreció ninguno. Le llené el vaso, y cuando lo hubo vaciado pareció más animado.

—Bien—dijo reclinándose en el sillón con las miradas fijas en el cielo de la habitación, el puro en una extremidad de la boca, y las manos extendidas sobre los brazos del sillón.—¿Bien! ¿cómo está Felipe?

—Con buena salud, repliqué.

—¿Y Margarita?

—También con buena salud.

—¿Y usted por supuesto que los profesa el mismo cariño de siempre?

—El mismo, contesté.

(1) Cetáceo que lleva en la extremidad de la mandíbula superior un diente en forma de cuerno derecho, el cual mide á veces quince ó diez y seis pies.

AURORA

Vals de salón

Por Andrés Delgado Pardo

Dedicado al señor Jesús M. Suárez

Introducción

Andantino

Tempo Moderato

Brillante

espressivo

Dolce

This page contains a single system of musical notation, likely for a piano. The notation is written on multiple staves, with various musical symbols, notes, and rests. The piece is in a key with one flat (B-flat) and a 3/4 time signature. The notation includes various musical notations, such as notes, rests, and dynamic markings. The piece is marked with various performance instructions, including "ritardando", "poco", "Brillante", "espressive", "animato", "allegro", "cresc...", "Poco", "Rit.", "allargando", and "fin". The notation is written in a clear, legible hand, and the page is numbered 115 in the top right corner.

ritardando, poco...

Brillante

espressive

animato

allegro

cresc...

Poco

Rit.

allargando

fin

—Y yo también, me dijo secamente, teniendo aun las miradas fijas en el cielo de la habitación.

—Cuanto más se les conoce tanto mayor tiene que ser nuestra admiración por los Harlowe, dije.

—Sí—explota cuando cometen tonterías, replicó, de una manera igualmente seca. Si Felipe se hubiera comportado solamente como ordena el sentido común, se habrían evitado muchos disgustos. He oído decir que están en la última pobreza. Días pasados ví a ese asno de Potter.

—Sí, son realmente muy pobres, dije.

Permaneció en silencio un momento, luego enderezándose de pronto en el sillón, exclamó:

—De nada sirve lamentarse de lo que ha sucedido. Lo que hay que hacer, Holderness, es ponerlos de nuevo a flote.

Le miré lleno de sorpresa. Sostuvo mi mirada con firmeza, con cierta expresión extraña en su grande y ancho rostro, y arqueando ligeramente las cejas como si quisiera decirse a sí mismo: "Tú eres un sujeto singular, muy singular."

—Sí, prosiguió, hace tiempo que me preocupa este asunto, y deseo desembarazarme de él de una vez. Hay noches que no puedo dormir pensando en Felipe y en Margarita; y para un hombre de mi temperamento eso es insoportable. No me parece justo que un socio se aproveche de los errores del otro. ¿Cree usted que debe hacerlo?

—No, no debe hacerlo,—repliqué secamente.

—No: no me parece justo que disfrutenos de un dinero que él tenía derecho perfectamente legal de conservar.

—Eso es lo que todo hombre de nobles sentimientos pensará. Si su dinero no hubiera ido a parar a manos de los acreedores, mi dinero habría ido. Pero a pesar de todo eso, creo que de cada cien hombres de negocios puestos en mi posición, noventa y nueve no devolverían un céntimo de un dinero sacrificado, sin que nadie se lo pidiera, por un socio de cascos calientes y poco reflexivo.

—Eso es muy probable, dije; usted procede dentro de los límites legales al conservar ese dinero.

—Así es; sin embargo, yo siempre he deseado ser generoso.

—Así me lo dijo usted, señor, pero, como también me manifestó, no se encuentra usted en libertad de disponer, como quisiera, del dinero de la firma, ahora que su señora esposa ha empleado en ella su capital y tiene una parte en los negocios.

Me miró de nuevo con aquella expresión semi risueña, semi despreciativa que le era peculiar.

—Eso es cierto, Holderness. Usted tiene un olfato muy fino.

No sabía si debía tomar por lo serio ó no este cumplimiento.

—Para venir al grano, prosiguió Motley, estoy determinado a dar a Felipe lo que es justo. No quiero que pierda a causa de sus principios. Recobrará todo cuanto entregó a los acreedores,—y bajando aquí la voz agregó con un acento que revelaba menos generosidad,—y algo más. Después de una pausa continuó:—la dificultad es hacerle que acepte el dinero viniendo directamente de mí. Conozco su carácter; y usted también lo conoce. Si me dirigiera a él y le dijese: "Felipe, deseo reembolsar a usted el dinero que ha perdido," la probabilidad sería que se negaría a tomarlo. Me diría que no tenía derecho, al dinero ganado con mi trabajo y la especulación de mi esposa, que arriesgó su capital al empezar de nuevo los negocios, y él se negaría a recibir nada que no le perteneciera de derecho, especialmente ahora que veo que ya no me considera su amigo. ¿Me comprende usted, Holderness?

—Sí, repliqué.

—Bien ¿cree usted que tengo razón en lo que digo?

—Sí, le contesté. Dudo mucho que Felipe recibiera el dinero de manos de usted.

—Pero tiene que recibirlo de manos de alguien, dijo con más empeño del que hasta entonces había demostrado. Y si no quiere recibirlo de mí, tiene que aceptarlo de usted.

—¿De mí? exclamé lleno de asombro.

—Sí, de usted, dijo con firmeza. Usted cree que debe hacerse esta restitución, ¿no es verdad?

—Sí, lo creo; contesté.

—Muy bien: en ese caso debe usted hacer las veces de depositario. Yo le pagaré a usted el dinero bajo su promesa, por escrito, de emplearlo en beneficio de Felipe Harlowe y su esposa. Si se niega a aceptarlo, lo que harán es simplemente echar sobre usted

el peso de un dinero que Ud. no puede usar. Suceda lo que suceda, quedará tranquilo con la idea de que he hecho todo lo posible para que lo reciban.

Me llamó la atención lo ingenioso de este arreglo.

—Ahora bien, Holderness, ¿quiere usted hacer las veces de depositario en beneficio de sus amigos?

—Sí, respondí sin vacilar.

—Gracias, me dijo con acento de verdadera satisfacción, desatando al mismo tiempo el paquete que había dejado sobre la mesa.

Jamás había visto algo parecido en mi vida. El paquete se componía sólo de billetes de banco, arreglados en rollos según el valor de cada billete. Los de cinco libras esterlinas, formando rollos aparte, los de diez, lo mismo, etc.

—Ahora debe Ud. contarlos, dijo Motley.

—¿Cómo! Nunca acabaré, exclamé.

—¡Oh sí! replicó; y tomando un rollo empezó a contar dos, cuatro, seis, etc., multiplicando el número de los billetes que había en cada rollo por el valor que representaba cada billete.

Me puse a contar y vi que había mil libras esterlinas en cada rollo. A medida que me iba acostumbrando a este nuevo ejercicio, contaba con mayor rapidez; sin embargo, empleé bastante tiempo. Cuando concluí de contar el contenido de cada rollo, me puse a contar el número de estos y hallé que tenía precisamente sobre mi mesa la suma de cien mil libras esterlinas, ó sea medio millón de pesos. Producía una especie de vértigo contemplar esa enorme cantidad de dinero.

—Y bien, Holderness, ¿cuánto hay? me preguntó Motley.

—Según mi cuenta cien mil libras esterlinas, contesté.

—Eso es exactamente, dijo abriendo una cartera de bolsillo y llevando su tabaco de una extremidad de la boca a la otra.

—Pero eso es más de lo que pagó Harlowe, dije.

—En efecto; pero Ud. olvida que Felipe tiene que ser reembolsado de la parte que perdió en los negocios por haber entregado la fortuna de su esposa.

No era yo quien tenía que argüir en contra de los intereses de mis amigos.

—Ahora, dijo Motley sacando un papel de su cartera de bolsillo, firme Ud. este recibo y asunto concluido.

Leí el documento que había sido cuidadosamente extendido, por el cual yo reconocía haber recibido de John Motley la suma de cien mil libras esterlinas, las cuales tendría que entregar a Felipe Harlowe y su esposa Margarita. Firmé el recibo y se lo entregué a Motley. Este se puso de pie, examinó la firma, guardó el papel en su cartera, me dió un apretón de manos, pero con una expresión en el rostro de disgusto y mal humor que no le era común.

—No hay necesidad de que me acompañe Ud. a la puerta, me dijo,—yo sabré salir solo. Tenga Ud. cuidado de ese dinero, que no es una bicoca.

No necesitaba en verdad la recomendación. Bajó y salió, mientras yo permanecí contemplando con asombro la inmensa riqueza que yacía sobre la mesa. Un instante después tuve la curiosidad de ver lo que se pasaba en la calle. Dirigiendo las miradas hacia donde había visto a Burns cuando llegó Motley, percibí a éste que atravesaba la calle y se dirigía a aquel. Burns le salió al encuentro. Entonces Motley abrió su cartera y le mostró el recibo que yo había firmado.

Comprendí entonces la verdadera explicación de lo que había pasado. Dos personas habían robado el Banco. Motley se apropió la parte más crecida y Burns robó sólo una pequeña suma. Y ahora Burns, para recompensar a los que habían sido tan buenos con su esposa, había obligado a Motley a devolverles el dinero que se había apropiado, so pena de entregarse él mismo en manos de la justicia, confesar su pequeño hurto y revelarlo todo, lo que habría causado la ruina de Motley.

No era de mi incumbencia ponerme a considerar si Burns había hecho bien ó mal. Me pareció sin embargo que había obrado perfectamente tanto en beneficio propio como de mis amigos, y eso me bastaba. Lo que más me preocupaba era la manera de disponer del dinero. No podía ir a llenar mis obligaciones en el teatro dejando aquella cuantiosa suma en la casa, ni podría tampoco dormir tranquilo guardándola en mi poder. Después de reflexionar algo, tomé la caja de mi violín, metí en ella los billetes de banco, y me dirigí a un acreditado y sólido establecimiento bancario no muy lejos de mi habitación.

Era de ver la sorpresa del dependiente cuando abrió la caja del violín en el escritorio y le dije que deseaba depositar su contenido en el Banco. Muchas fueron las formalidades que hubo que llenar antes de que pudiera hacerse el depósito. Pero al fin se verificó, y con la caja vacía y el corazón ligero sall del Banco. Los que me velan en la calle mientras me dirigía a la casa de los Harlowe me tomaron sin duda por un maestro de baile.

Cuando entré en la habitación de mis amigos, hallé a la pobre Margarita con las manos dobladas sobre el regazo, toda triste y desolada.

—¡Se ha ido! dije, y se ha llevado a Eddy, y ya no queda nada de los que hemos amado. Cuando pienso en la pobre «viudita», como solíamos llamarla, con sus melancólicos ojos, su dulce fisonomía, paseando con su niño, llena de orgullo—¡Ah! —y rompí en llanto.

En otra ocasión habría yo derramado igualmente una lágrima a este recuerdo; pero entonces no podía sino pensar en la felicidad que les entraba como por la puerta. No pude esperar que su dolor se calmara para comunicarle las buenas noticias de que era portador.

—Mi querida amiga, le dije ¿cree usted que podrá oír buenas noticias sin alterarse ó desmayarse?

—¡Buenas noticias! exclamó. ¿Ha salido por fin Felipe de esa horrible carpintería?

—No ha salido aún, pero saldrá pronto, repliqué, porque la fortuna de ustedes vuelve a su poder duplicada, y triplicada, y aún más que eso.

CAPITULO XVIII

Nada dije a los Harlowe de la conversación que había tenido con Burns, ni de lo que pensaba acerca de los medios de que se había valido para obligar a Motley a hacer la restitución. Bastante difícil era ya sin eso reconciliar a Felipe con su buena fortuna. Les referí lo que había pasado entre Motley y yo, como queda descrito, y cuando fué evidente que no había modo de eludirlo, Felipe dijo: "¡Bien! se concluyó mi oficio de carpintero," pero no agregó más. Margarita, por lo contrario, no ocultó en lo más mínimo su contento.

Por mi parte estaba como embriagado con la dicha de mis amigos, y experimentaba la necesidad de ir cuanto antes a la morada de Potter para comunicarles a Juana y Cecilia las buenas nuevas. Tan vivos eran mis deseos de hacerles participes de mi alegría, que tomé un carruaje para llegar lo más pronto posible.

Yo había notado en mi orquesta que cuando uno de los músicos desafiaba un poco, el resto hacía lo mismo, y vice-versa. Lo mismo pasa con los acontecimientos de la vida: hay tiempos en que todo es disonancia y otros en que todo es armonía.

Precisamente a medio camino, distingui sentado en la imperial de un ómnibus, con un rostro tan pensativo y melancólico como el de un buho a mi antiguo conocido Horacio Clinton, a quien no había vuelto a ver desde que había cesado sus relaciones con Cecilia, de lo que hacía ya unas seis semanas.

Yo deseaba hablar con él, porque siempre le había profesado un buen afecto, y además porque tenía la convicción de que se le había tratado con más dureza de la que se merecía. Era, como ya he dicho, un excelente joven, de buen fondo y agradables maneras. Detuve, pues, el carruaje y llamé a Horacio. Su rostro se llenó de contento al instante que me vió. Él sabía que yo le profesaba una buena amistad.

—¿Va usted a Highgate? le pregunté.

—Dicen que allí es donde vamos, pero al paso que lleva el ómnibus no sé cuando llegaremos, me contestó.

Le dije que yo iba también en esa dirección, y cuando le invité a que viniera conmigo en el carruaje aceptó sin vacilar. Entró en él, nos reclinamos lo más cómodamente posible, y pronto entablamos conversación.

—Y ¿qué tal le va a usted, Horacio? le pregunté.

—Bastante mal, me contestó.

Concluirá

SOLUCION AL GEROGIFICO

Todos los hombres sabios tienen algún rasgo de mal humor.